Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

A. Thorkent

Caronte en el infierno



ePUB

Al principio Caronte se había extrañado de que el Regente mantuviese con él tantas conversaciones a solas, sin ningún guardaespaldas a la vista. Luego sabría que al otro lado de la habitación donde se encontraban siempre había varios que le apuntaban con sus armas a través de huecos disimulados en la decoración de las paredes.



A. Thorkent

Caronte en el infierno

Bolsilibros: Galaxia 2000 - 1

ePub r1.1

Titivillus 04.09.2019

Título original: *Caronte en el infierno*
A. Thorkent, 1984

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



1

Aunque el hombre intentó deslizarse fuera del lecho con sumo cuidado, evitando el más mínimo ruido, la mujer que había estado durmiendo a su lado se movió. De su garganta dejó salir un gemido leve y en sus labios rojos se formó una sonrisa.

El hombre tomó sus ropas del suelo y con ellas en sus manos se quedó inmóvil.

Escuchó.

—Jean…

Y después de una pausa:

—Cariño, ven.

—Es temprano. Duerme, preciosa.

La mujer era hermosa. El hombre pudo comprobarlo una vez más bajo la suave luz de los candelabros adosados en las paredes cubiertas de raso. Sonrió también y empezó a ponerse las ropas.

—Duerme —insistió con voz cálida.

—Quiero que vuelvas a mí, que otra vez me hagas gozar como hacía mucho tiempo no disfrutaba —pidió ella suavemente, en medio de un incontrolado bostezo.

—Luego. Regresaré temprano.

—¿Vuelves a tu despacho?

Él afirmó:

—No tengo más remedio; pero contaré los minutos que han de transcurrir para estar de nuevo contigo, a tu lado.

Acabó de ponerse los pantalones. Por un momento estuvo tentado de acercarse a la cama y propinarle a la mujer unas caricias en sus nalgas opulentas.

Desistió enseguida.

No quería correr el riesgo de que ella le echase los brazos al cuello y le llenase de besos ansiosos. Aunque no le hubiera importado hacer de nuevo el amor, porque la chica lo merecía,

comprendía que no disponía de mucho tiempo.

Recogió de una mesita varios objetos que fue guardando en los bolsillos. Levantó una estatuilla y sopesó en la palma de su mano una pequeña pistola que deslizó en el interior de su camisa.

—Te quiero —dijo tratando de dar a su voz suficiente dulzura.

Escuchó un gemido de agradecimiento. La mujer se movió y adoptó una postura más cómoda. El sueño estaba venciendo a la pasión, pese a todo.

—Ha sido una sorpresa muy agradable, cariño —susurró ella—. No esperaba encontrarte aquí anoche, cuando regresé de la fiesta…

El hombre esperó hasta que ella se quedó profundamente dormida. Entonces caminó sin hacer el mínimo ruido sobre el suelo alfombrado y se acercó a la salida. Allí se inclinó y tomó un maletín oculto entre los pliegues de las cortinas.

Antes de salir del dormitorio envió a la mujer un beso, diciendo en voz baja y en medio de una sonrisa que no podía ser más amplia e irónica:

—Gracias por todo, encanto. Ha sido un día completo.

Se marchó pensando que al menos en la casa iba a quedar un recuerdo agradable para alguien.

Abandonó el lujoso apartamento, se internó en el pasillo y alcanzó el primer ascensor. Lo puso en marcha y unos segundos más tarde se encontraba en la plataforma de aparcamiento del edificio.

El aire era fresco.

Estaba amaneciendo.

Caminó deprisa hasta un vehículo de color rojo aparcado al final de una fila de ostentosos modelos.

Se asomó al interior y sonrió al ver que la persona sentada delante de los mandos dormitaba. Era una mujer y tenía su rostro oculto por el abundante cabello negro, rizado y brillante.

Apenas abrió la puerta, la ocupante alzó la cabeza y en su mano apareció una diminuta pistola.

—Eh, soy yo —rió el hombre sin decidirse a entrar.

—No te veo bien, pero sé quién eres por la voz.

—Afortunadamente me he acordado de usar la que conoces. ¿Puedo entrar? Aquí afuera hace mucho frío.

La chica soltó un gruñido y le dejó sitio, acomodándose mejor en la parte del sillón corrido situado delante del panel de mandos del

vehículo. Guardó la pistola en una gaveta.

—¿Lo traes? —preguntó mirando por encima de los hombros del hombre.

—Claro que sí.

—Has tardado mucho, demasiado —le recriminó.

—Lo siento, Yarmina. Me he apresurado cuanto he podido.

Colocó sobre sus piernas el maletín y lo abrió. De su interior surgió un centenar de luces que alumbraron la cabina. De soslayo, Yarmina observó a su compañero, su rostro.

Veía un hombre de edad mediana, algo grueso y de rostro avejentado, con profundas ojeras y el pelo poco cuidado y encanecido.

—No me gustas —dijo. Dejó de mirarle y puso toda su atención en el contenido del maletín—. Por los dioses del infierno; jamás he visto nada tan maravilloso.

El hombre asintió complacido.

—Sé que me prefieres como realmente soy, preciosa. En cuanto a eso —señaló el fuego que surgía del interior—, es mucho más que maravilloso. Es la mejor colección de gemas de Antares de la Galaxia.

—Será mejor que nos larguemos —dijo Yarmina de pronto. Había visto como un detector del panel esperaba a lanzar destellos —. Se aproximan vehículos. En esta zona de millonarios no es aconsejable permanecer mucho tiempo sin tarjeta de residencia. Ya me he arriesgado permaneciendo tantas horas aquí. ¿Qué te ha demorado tanto?

—Ya te lo contaré —rió el hombre—. Vamos, echa a volar este trasto.

2

La mujer escuchó ruidos y abrió los ojos.

Se incorporó un poco y preguntó:

—¿Cariño, has vuelto?

Bostezo y se sentó en el borde de la cama.

Las pisadas sonaron más cercanas.

Ella terminó de incorporarse y tomó una liviana bata que se echó sobre los hombros. Anduvo hasta la salida de la alcoba y se asomó al pasillo. Vio que la luz del vestíbulo estaba encendida.

Empezaba a alarmarse cuando escuchó:

—Sí, soy yo, Glory. ¿Qué haces levantada?

Glory suspiró y se dedicó a amoldarse los revueltos cabellos mientras caminaba por el pasillo. Se asomó al vestíbulo y vio al hombre que terminaba de despojarse de su abrigo.

Todavía estaba intranquila. Notaba algo en el hombre que le producía cierto desasosiego, sin saber exactamente cuál podía ser el motivo.

—Daroll… —susurró.

—¿Sí?

Lord Daroll de Vahil se volvió con una sonrisa. Se dirigió hacia ella y la besó levemente en los labios. Al apartarse, dijo:

—No tengo mucho tiempo. Vengo a buscar algo. ¿Por qué no me sirves un reconfortante café mientras tanto?

Glory puso un gesto de extrañeza.

—Creí que tenías prisa cuando te marchaste. A estas horas te hacía en tu despacho.

Daroll enarcó una ceja.

—Hace tres días te dije que estaría fuera del planeta.

—Pero hace un rato…

—¿Un rato?

—Sí, cuando te levantaste de puntillas, procurando no

despertarme. Dijiste…

—¿Qué dije? —preguntó lord de Vahil. Su rostro cetrino quedó de súbito sin su sonrisa, y sus ojos rodeados de profundas ojeras se achicaron.

—Dijiste que tenías que ir urgentemente a tu oficina. Bueno, eso me pareció al menos. No estaba muy despierta.

—Debiste oírme mal. Tal vez soñaste.

Ella le volvió a besar.

—No fue un sueño, lo sabes. Hacía mucho tiempo que no te mostrabas tan apasionado conmigo. Fue estupendo, todo.

—Te duran mucho los recuerdos de hace tres días.

—Oh, no seas bobo. La otra vez no tenías ganas de nada. Estuviste conmigo pero tu mente estaba en otra parte. Lo de esta noche ha sido distinto. ¿Quieres un poco de café?

—Sí, gracias.

Lord de Vahil esperó a que Glory entrase en el habitáculo situado al otro lado del vestíbulo para correr al dormitorio y echar un vistazo. Lo revuelto del lecho le hizo fruncir el ceño.

En la habitación persistía un ligero olor a tabaco.

Desoyó la voz de Glory que le llamaba para advertirle que el café estaría dispuesto enseguida. Corrió otra vez, hasta una habitación situada en el fondo del pasillo. La puerta cerrada le tranquilizó en un principio, pero al introducir su codificador en la ranura sintió que se le helaban las arterias. Había distinguido una ligera raspadura en la pintura de la chapa de acero.

Con la respiración en suspenso entró en el gabinete. Apenas su cuerpo hubo cruzado el umbral se encendieron las luces automáticamente.

Los ojos de lord de Vahil se dirigieron rápidos a la esfera cristalina situada en un rincón. El cubo que contenía estaba abierto, vacío.

La voz de la mujer le sacó de sus atolondrados pensamientos. Una furia incipiente empezaba a embargarle cuando regresó junto a ella. Sintió deseos de abofetearla, gritarle que era una estúpida, y luego patearla hasta dejarla convertida en una piltrafa.

Pero recuperó su sangre fría más rápidamente de lo que había esperado y aceptó la taza humeante de café con una sonrisa.

Se acomodó junto a una pequeña mesa e indicó a Glory que

hiciera lo mismo.

Después del primer sorbo, consideró que tenía la voz lo bastante aclarada como para decir sin despertar sospechas:

—¿No te sorprendió mi visita anoche?

—Bastante. Te suponía ocupado con tu trabajo o atendiendo a la bruja de tu esposa —sonrió Glory echándose café en una taza.

Él mintió:

—Quería sorprenderte.

—Pues lo conseguiste. Eres un encanto. —Ella agitó su mano. En el dedo índice brilló una sortija—. Siempre quise tener algo parecido, una gema semiviva de Ortielle. Fue un detalle magnífico, querido.

—No tiene importancia —respondió. Como buen experto que era calculó que la sortija podía valer un par de miles de créditos. Un presente muy valioso, pensó.

De todas formas, añadió amargamente, el trueque había sido muy beneficioso para el generoso donante.

—He estado en el gabinete —dijo cautelosamente.

—¿Otra vez? —protestó ella—. Anoche te pasaste allí más de una hora.

—¿Tanto tiempo?

—Sí. Me pediste que te esperara en la cama.

—Eres una buena chica —dijo Daroll.

Lord de Vahil se sentía tentado de poner las cartas boca arriba, pero un sexto sentido le decía que podía sacar más si seguía con la actitud adoptada y que había pensado le podía dar mejores resultados.

—Y tú bastante malo —le riñó ella haciendo un mohín de falso disgusto—. Me hiciste pensar que ibas a marcharte.

—No era mi intención…

—Pasabas delante del dormitorio cuando salté de la cama y te agarré de un brazo.

—No debiste suponer que me marchaba, ¿verdad? —rió él, asombrándose de que la risa le saliera muy natural.

Todavía sentía deseos de abofetearla.

—Enseguida me hiciste ver que no, que estabas muy ansioso de tener a tu gatita en tus brazos.

—Y tú debiste quedarte muy contenta cuando te di la sortija…

—¿Qué dices? ¿Qué te pasa ahora? Te encuentro tan cambiado otra vez. Me la enseñaste apenas entraste.

Daroll se pasó la mano por la cara. Permaneció un instante con los ojos cerrados, pensando.

Llegó a la conclusión de que por aquel camino no iba a sacar apenas nada en claro.

—Toma más café —le pidió a ella.

Tomó la cafetera y vertió un poco en la taza de Glory.

Al mismo tiempo que caía el café, de entre los dedos de Daroll, procedente de una cápsula que había estado sosteniendo desde que saliera del gabinete, se deslizó una gota azulada.

Ella bebió unos sorbos.

—¿Por qué has vuelto tan pronto? —preguntó.

—Había olvidado algo.

—Un día de estos tendrás que decirme lo que guardas en tu caja de seguridad.

—Sólo son documentos referentes a la Regencia que no quiero dejar en el despacho del palacio.

—¿Crees que aquí están más seguros? —preguntó ella intentando, sin conseguirlo, ahogar un bostezo.

—Hasta hoy pienso que sí —replicó él mirándola fijamente.

La droga no podía tardar mucho en hacerle efecto. Era fuerte. Tal vez demasiado.

Peor para ella, concluyó.

De pronto, Glory se quedó quieta, con los ojos muy abiertos. Lord de Vahil exhaló un suspiro y dijo:

—Glory, ahora vas a contarme con todo lujo de detalles con quién te has acostado esta noche.

—Yo… —empezó a decir ella.

—Espera. Responderás a mis preguntas con calma. Ese maldito que ha estado aquí haciéndose pasar por mí ha hecho algo más que burlarse de nosotros, revolcándose contigo. Hija de ramera, le has permitido que me robe.

Respiró profundamente y volvió a decir:

—Empieza por el principio. Dime qué aspecto tenía, aunque presumo que debía parecerse mucho a mí.

—Eras tú, Daroll —dijo Glory con voz hueca.

El Regente empezó a preocuparse más de lo que ya lo estaba.

3

—Por favor, deja de tener ese aspecto —pidió Yarmina.

Ella seguía conduciendo el vehículo por el sendero de mayor velocidad que circulaba sobre la ciudad. El sol ya asomaba incandescente por las cimas de los picos del Oeste, la gran cordillera que se extendía hasta el desierto.

El hombre asintió y se concentró. Dejó de ser lord Daroll de Vahil. Dejó también de ser un hombre de edad madura para convertirse en un nuevo hombre de unos cuarenta años, de rostro grave pero atractivo, y fuerte. El blanco de sus cabellos desapareció, al igual que las profundas ojeras.

—Todavía no me acostumbro a estos cambios —suspiró ella después de mirarle de soslayo.

Él soltó una risa y comentó:

—Me pregunto cuándo querrás dormir conmigo teniendo yo otro aspecto.

—Me gusta el tuyo, Caronte.

—Debo agradecerte este halago, ¿no?

—Mejor me dices por qué tardaste tanto. Estuve esperándote casi seis horas, cuando me dijiste que apenas tardarías una y media.

—La amante de lord de Vahil. Ella ha sido la culpable.

—Ah, ya. Empezaba a imaginármelo, pero ahora estoy segura de que no te ha importado mucho permanecer tanto tiempo en ese apartamento de lujo.

—Son gajes del oficio.

—Supongo que lo hiciste de mala gana.

Caronte dio un golpecito a la maleta que seguía sobre sus rodillas.

—Jamás siento repugnancia cuando el botín merece la pena. Además, ya te dije hace unos días que es lo menos que se merece el Regente de la Superioridad, lord de Vahil.

—No cambies la conversación. Sabes muy bien que me estaba refiriendo a que has dormido con la amante.

—¿Y si así hubiera sido? —preguntó él con socarronería.

Yarmina apretó los labios. Hizo descender el vehículo hasta un sendero de velocidad más lenta.

—¿Era hermosa? —preguntó.

—Bastante. Tu pregunta es…

—¿Estúpida? ¿Ibas a decir que era estúpida?

—Es lógico que un hombre como lord de Vahil tenga una amante muy bella.

—Podía ser una No Humana…

—Si lo era te juro que no encontré nada anormal en su cuerpo —rió él.

—Imbécil —masculló Yarmina.

—¿Estás celosa?

—Ahora, además de imbécil, eres un fatuo. Claro que no estoy celosa.

—Estás enfadada.

—Irritada. Pudiste desembarazarte de ella enseguida y no haberme hecho esperar, haciéndome correr un peligro innecesario.

—Jamás golpeo a las mujeres.

—Oh, claro que no. Tú prefieres acariciarlas.

—Sabía que estabas segura de eso. De otro modo no lo hubiera hecho.

—¿Es qué?

—Sabes a qué me refiero. ¿Quieres detalles?

—Guárdatelos para ti.

Ahora volaban en el sendero más inferior, en medio de los edificios rutilantes que formaban el sector aristocrático de la ciudad.

—¿Por qué lo hiciste, Caronte? —preguntó ella rompiendo el pesado silencio.

Caronte ya no sonreía. Se rascaba la barbilla, pensativo.

—Lord de Vahil regresó anoche al planeta. ¿Lo sabías?

—No —replicó Yarmina. Había palidecido—. Has corrido un riesgo innecesario. Podía haberse presentado en cualquier instante, sorprenderte…

—Corrí ese peligro. En nuestro trabajo, Yarmina, a veces

debemos hacer cosas que nos compensen. No todo es el beneficio material. ¿Te imaginas la cara que pondrá el Regente cuando su amante le diga lo que ha pasado? Me pregunto si lamentará más el engaño que la desaparición de su colección de gemas.

—¿Qué crees tú?

—Siento por ella que lamentará más lo de las gemas —suspiró—. Ese ladrón al servicio de la Superioridad tal vez se muera de un infarto cuando vea su caja de seguridad violada.

—No tendremos esa suerte. Si está aquí no tardará en saberlo y ordenará que se nos cierren todas las salidas. No debimos haber dado el golpe sabiendo que él regresaba tan pronto.

Caronte se acercó a la chica y la besó en el cuello. Sintió que ella estaba tensa y volvió a hacerlo en sus labios.

—Cálmate —le pidió—. ¿A quién buscará?

—Tal vez a su hermano gemelo, o a un *clown* que se figure existe por ahí sin que él lo sepa.

—Exacto. No puede inspeccionar a millones de seres, humanos o no. Nosotros disponemos de nuestras identidades, que aunque falsas, son tan buenas como las auténticas.

—Pero no podrás librarte de la mercancía.

—No tengo prisa.

—No habrá en toda la ciudad un perista que se arriesgue a adquirir una sola gema.

—Si lo dices porque piensas que estarán catalogadas, te equivocas.

—¿No es así?

—De ningún modo. Esta colección tan valiosa es el producto de años de «trabajo» de lord de Vahil en Ofidia, este planeta al que fue destinado por sus jefes y que él estimó como coto de pillaje, del cual debía salir enriquecido cuando le llegara el turno de ser relevado por otro tan poco escrupuloso como él.

—¿Y qué más?

—Ninguna gema está catalogada. Las ha ido adquiriendo en el mercado negro, invirtiendo los millones de créditos que iba acaparando gracias a los sobornos y chantajes que su cargo le proporcionaban.

—Estoy deseando marcharme de aquí.

Yarmina hizo que el vehículo aterrizara en un aparcamiento

público. Era alquilado y dejó sobre el panel la tarjeta de circulación. La compañía se encargaría de recogerlo al día siguiente.

Salieron y caminaron entre los deslizadores. Se cruzaron con mucha gente.

Caronte caminaba despreocupadamente, haciendo que el maletín oscilase con ostentación, como si su contenido no valiera nada.

—Saldremos cuando llegue el momento —dijo Caronte.

Se habían detenido delante de otro deslizador, de apariencia más lujosa. Abrió la puerta y entró antes que ella, acomodándose delante de los mandos. Yarmina subió quejándose de la falta de galantería de él.

—Seguro que con la fulana ésa te comportaste más adecuadamente —añadió con rabia en su voz.

—Admite de una vez que sientes celos —rió él.

—Vete al infierno.

Cerró la compuerta y él elevó el vehículo.

—No tardaremos ni cinco minutos en llegar a nuestro hogar.

El hogar, pensó Yarmina, era una casita situada en los suburbios, con jardín. Su alquiler les suponía una pequeña fortuna mensual. Confiaba que ahora dispondrían de efectivo para pagar los atrasos.

—¿Qué supones que hará lord de Vahil? —preguntó ella.

—Nada que no haya calculado yo. Movilizará sus sabuesos y rastreará durante unos días la ciudad, el planeta tal vez. Luego se cansará y pensará que lo más sensato será reunir una nueva fortuna a costa de aumentar las privaciones de la población más reprimida económicamente —soltó una carcajada—. Tal vez no pueda porque la Superioridad se asuste ante tantos desmanes y le destituya antes de lo que él piensa.

—Estás muy seguro de que no te descubrirán…

—Lo estoy, cariño.

—Tú sí, pero yo, en cambio… No puedo cambiar de rostro ni de cuerpo como tú.

—Dentro de unas semanas saldremos tranquilamente de Ofidia, cuando las aguas se hayan calmado, y con muchos millones en los bolsillos, en talones certificados.

Caronte condujo el deslizador suavemente hasta dejarlo en el círculo de metal existente sobre el terrado de la pequeña casa

rodeada de jardines y toda ella protegida por una muralla energética.

Apenas estuvieron en el interior del edificio, Caronte cerró la cúpula totalmente. Ahora nadie podría entrar a menos que lo solicitara a sus ocupantes.

Yarmina abrió la maleta después de depositarla sobre una mesa. Bajo la luz de una lámpara especial empezó a admirar las gemas. Brillaban con diversos colores. Le atrajo una piedra de color sangre. Quedó fascinada ante sus destellos.

—Es la más hermosa —musitó.

—Quédatela —dijo Caronte. Había puesto sus manos sobre los hombros de ella y muy despacio la fue besando por el cuello.

Yarmina se estremeció ante las caricias del hombre. Cerró los ojos y preguntó:

—¿Serías capaz de regalármela?

—Sí.

—Es la más valiosa. A veces me parece que no te importa el dinero.

—En absoluto.

—¿Por qué robas entonces?

—Porque quiero burlarme de todo cuanto está relacionado con la Superioridad.

—Sigues llevando odio en ti.

—Venganza es lo que me corroe, mis deseos de satisfacerla. Necesito humillar a cuantos seres medran a costa de la Superioridad.

—¿Qué conseguirás? —Yarmina se había vuelto y le miraba fijamente.

—No lo sé. Mientras no pienso algo definitivo necesito estar actuando siempre.

—Algún día te atraparán.

—¿A mí, a Caronte? —rió él nerviosamente.

—¿Por qué no? Cuando menos lo esperes te encontrarás con alguien que será más listo que tú.

—No lo dirás por lord Daroll de Vahil.

4

En su despacho situado en el último piso del edificio de la Regencia de Ofidia, lord Daroll de Vahil no apartaba su mirada de la minúscula piedra que brillaba en el tapete verde, sobre su mesa de trabajo.

Un sudor frío le había estado resbalando por la frente hasta hacía pocos minutos. Se lo limpió con el dorso de la mano, la misma que a continuación usó temblorosa para llenarse una copa de licor, que bebió con avidez.

Apenas su secretario le entregara el estuche y lo abriese, Daroll identificó la piedra como una de las más insignificantes de su colección, y sin embargo de un valor en el mercado que podía ascender fácilmente al millar de créditos.

Había dicho a su secretario que hiciera pasar después de unos minutos al individuo que se la ofrecía y aguardaba en la antesala.

Quería pensar un poco antes de recibirle.

Cuando pasó el tiempo fijado por él y la puerta se abrió, Daroll contempló al humanoide y volvió a sentir el mismo tipo de estremecimiento que sacudiera su cuerpo apenas vio la piedra.

El No Humano parecía un oriundo de Carter II, de estatura ligeramente superior a la media de los hombres, de pecho estrecho y cabeza alargada, con pómulos gruesos que casi ocultaban sus ojos pequeños y grises. Su cráneo era extremadamente puntiagudo. El conjunto hubiera arrancado al Regente una riada de carcajadas en otras circunstancias, divertido con ganas, como si el ser fuera bufón de oficio.

En aquel momento, en cambio, no sentía el más mínimo deseo de burlarse ante el aspecto esperpéntico de la criatura.

—Dice llamarse Owron, señor —explicó el secretario que había seguido al No Humano. Tenía en su expresión una sombra de extrañeza, quizá debido a que no comprendía cómo su jefe accedía

a recibir en su despacho a un tipo semejante.

—Puedes retirarte —le ordenó Daroll sin mirarle.

Toda su atención la tenía puesta en el llamado Owron.

Cuando se quedaron solos, dijo:

—¿Es usted ciudadano de Ofidia?

Owron agitó negativamente su extraña cabeza.

—Estoy de visita, Sereno Señor. En la entrada se quedaron con mis documentos.

Con disimulo, Daroll leyó el papel con los datos transmitidos por la guardia de la entrada.

—Comerciante —dijo sonriendo levemente—. ¿Con qué comercia?

Owron extendió un largo brazo y uno de sus dedos gruesos señaló la gema.

—Piedras de calidad, señor.

—Ésta es bastante corriente.

—Posee una talla muy depurada. Yo diría que es el eslabón de una muestra, el primero de una serie de doce, a cuál más bella. La última, por supuesto, debería ser de veinte kilates.

—Hábleme sin rodeos. Se lo ruego.

Lo dijo con un tono que el otro debía comprender que se trataba de una orden.

El No Humano se humedeció los labios con la punta de una lengua azulada. Parecía nervioso.

—Hace dos días vino a visitarme a mi hotel un humano. Me ofreció la más maravillosa colección de gemas que jamás había visto en mi vida, señor.

—¿Por qué has venido a verme?

—Ese mismo hombre me sugirió que tal vez usted estaría interesado en la recompra.

—¿No le parece extraño que él no haya venido a verme directamente?

—Sí, desde luego. Muy extraño, señor.

—¿Sabe su nombre y dónde vive?

—No me lo dijo.

—¿Sólo le dejó esta piedra?

—Sí. Me dijo que las demás me las entregaría a cambio de diez millones de créditos, en efectivo, en certificados de un millón. Diez

certificados, señor…

—Sé contar —replicó lord de Vahil con aspereza. Con disimulo había apretado un botón. Al otro lado de la habitación su secretario estaría escuchándolo todo. Sabría cómo actuar.

—¿Cuándo volverás a verle?

—Ese hombre se pondrá en contacto conmigo cuando él quiera, señor. En realidad, este asunto no me gusta, pero me amenazó con matarme si me negaba a servir de intermediario.

—Es un hombre peligroso.

—Eso pensé de él.

—¿Seguro que se conformará con diez millones?

—¿Qué quiere decir, Sereno Señor?

—Que tal vez sólo te ha pedido ocho o nueve y el resto es la comisión que tú piensas obtener —rió Daroll.

La piel apergaminada y oscura del oriundo de Carter II se tornó blanquecina.

—Nada de eso —dijo trémulo—. Ese hombre me ha puesto en un compromiso, señor. Sólo quiero servirle a usted, marcharme de Ofidia cuanto antes. No me gustan los asuntos oscuros.

—¿Cómo se haría la compra? ¿Qué garantías tengo de que después de darte el dinero la mercancía responderá a su costo? También podría ocurrir que tú te largaras con el dinero y yo me quedara esperando como un estúpido.

—No sé qué decir, Sereno Señor. Me alegraría mucho que usted me dijera que no está interesado en la compra.

—Maldito *nohu*, asqueroso humanoide —masculló Daroll—. Debería arrancarte la piel a tiras.

—Señor, yo…

—No te asustes. Te necesito por ahora. Saldrás de aquí y le dirás al vendedor que sólo le pagaré cinco millones si la mercancía es la que me figuro que puede ser. ¿Cuándo me traerás la respuesta?

—Eso ya no depende de mí.

Daroll volvió a consultar la tarjeta.

—Has venido a este edificio en un vehículo conducido por una humana —arqueó la ceja derecha—. ¿Te gustan las mujeres?

—No, es sólo una secretaria alquilada. No conozco la escritura local y…

—Vamos, no me mientas —rió Daroll—. Sé que a los de tu raza

les enloquecen los cuerpos de las humanas, sucio nohu. A mí me es indiferente si existen o no rameras capaces de revolcarse con un sapo como tú. Puedes irte. Trasmite al vendedor mi oferta, la última.

—Como me ordene, Sereno Señor. —Owron se levantó y flexionó repetidas veces su cuerpo.

Caminó de espaldas hasta el centro de la habitación. Allí se volvió y echó a caminar hasta la puerta.

Daroll dijo entonces:

—Quédate ahí.

El otro se detuvo, sin volverse.

De repente lo intentó y sólo consiguió voltear un poco la cabeza, lo suficiente para mirar al Regente que le apuntaba con una pistola que acababa de empuñar.

—Señor… —gimió el ser de Carter II.

—Basta de comedias. Mantén tus manos bien separadas de tu túnica. Al menor movimiento te pulverizaré.

Con la mano libre, Daroll pulsó el timbre para llamar a su secretario.

—Señor —dijo éste. Se había presentado inmediatamente.

Daroll emitió una sonrisa. Evidentemente, su secretario Lamoon lo había oído todo.

—Avisa a la guardia del exterior y que detenga a la mujer que permanece junto al vehículo de Owron.

—¿Quiere que la suban hasta aquí, señor? —preguntó Lamoon mirando de reojo al humanoide.

—No. Que la conduzcan a un calabozo especial del sótano. Aguarda fuera y entra sólo si vuelvo a llamarte.

—Sería conveniente que le ayude, señor. Tal vez enviando a uno de sus guardaespaldas…

—Es un asunto que debo arreglar personalmente con nuestro visitante de Carter II —rió Daroll.

Otra vez a solas con su visitante, Daroll tomó asiento en su mesa, cruzó las piernas y dijo con falsa indiferencia:

—Ahora volvemos a estar usted y yo frente a frente. Nadie nos interrumpirá. He aislado esta habitación. Le advierto que puedo matarle y disponer que nadie encuentre sus restos.

—Está confundido, Sereno Señor…

—Basta de fingimientos. ¿Por qué no me sorprende con una de sus actuaciones, Caronte?

Daroll estalló en carcajadas al ver que el nohu se encogía, intentaba dar un paso atrás y sus estrechas espaldas parecían chocar con un muro invisible.

—Hay un campo de energía que le impide moverse —explicó lord de Vahil—. Ah, pero no intente aproximarse tampoco a mí…

El aborigen de Carter II intentó dar un salto adelante. Daroll apretó el gatillo y del cañón de su arma surgió un destello casi cegador. Delante del humanoide se alzó una cortina de un fuego finísimo y blanquecino.

—Quieto ahí —dijo Daroll—. No quiero chamuscarle todavía. Vamos, ¿por qué no abandona ese ridículo disfraz?

De pronto, la criatura sufrió una convulsión. Su piel pareció ser estirada desde diversos puntos y unos segundos después Daroll pensó que estaba contemplándose en un espejo. La única diferencia consistía en las ropas.

—Magnífico —rió el Regente—. ¿Qué pretende?

Pese a su sangre fría, Daroll se estremeció al verse a sí mismo mover los labios y decir:

—Aún puedo proporcionarle cierto problema si muero siendo usted, Regente. ¿Cómo lo explicaría a sus ayudantes? Incluso podían llegar a pensar que usted no era el auténtico.

—Eso es ridículo. Como demostración me ha complacido, pero ahora me gustaría hablar con usted teniéndole frente a mí con su auténtico rostro. Caronte.

—Admito que ha llegado a sorprenderme. ¿Cómo me ha reconocido?

—Se lo diré más tarde. Ahora explíqueme qué pretendía conseguir con su incongruente actuación.

—Simplemente, venderle su propia colección de gemas.

—Tal vez lo habría conseguido si…

—¿Si no hubiera pensado que soy Caronte? Esto es muy extraño, debo confesarlo, porque sé que se pueden contar con los dedos de las manos las personas que conocen mi habilidad.

—Exacto. ¿Quiere sentarse? Ahí, algo apartado de mí. Vamos a charlar un rato.

Una nueva contracción invadió la copia del lord. El auténtico

Regente presenció el cambio con evidente admiración.

Caronte apareció ante él.

—Es usted un hermoso ejemplar de ser humano —rió Daroll—. Quizá hubiera seducido a mi amante bajo su verdadero aspecto.

—¿Lo sabe todo?

—Evidentemente usted lo hizo para que así fuera, para que yo me enfureciera.

—¿No está furioso?

—Sólo por la desaparición de mis gemas.

—Tendrá que soltarme si las quiere recuperar.

Daroll negó con la cabeza.

—Nada de eso. Usted me las devolverá. Mis agentes han apresado a la chica que le acompañaba.

—No significa nada para mí.

—Entonces no le produciré ninguna pena si ordeno ahora mismo que la ejecuten.

—Querrá decir que la asesinen en su nombre.

—Es igual. —Daroll hizo intención de conectar el comunicador para hablar con su secretaria. Sonrió cuando vio que Caronte le hacía un gesto para que se detuviera.

—Usted tiene algo en la cabeza —dijo Caronte.

—Así es. Después de que Glory me contase todo lo ocurrido llegué a la conclusión de que, por increíble que pareciera, usted estaba en Ofidia, el célebre Caronte.

—Dudo que sea célebre. Apenas me conoce nadie.

—Pero es muy célebre dentro de un reducido grupo de personas, entre las que me encuentro yo.

»Yo pertenecía al grupo de científicos y políticos de la Superioridad que hace treinta años dio luz verde al proyecto que debía crear un nuevo hombre. Los resultados no nos complacieron y dispusimos que el muchacho fuera enviado a cierto sitio donde debía esperar su muerte, debidamente condicionado para que jamás descubriera por sí mismo el gran poder que poseía.

»Hace algún tiempo supe que usted se había largado de allí, y por lo que veo ahora, gracias a sus demostraciones, aprendió a usar la habilidad con la que fue concebido».

—Mi madre debió de ser actriz y mi padre un ladrón —rió Caronte.

—Es posible. Siente usted debilidad por ambas profesiones. Es difícil huir de Tingani. Sé que hubo mucho revuelo allí a raíz de su desaparición, incluso se llegó a sospechar que alguien muy importante había intervenido. Luego me enteré de que varios guardias y algunos altos cargos del penal murieron en extrañas circunstancias.

—¿Llama penal a aquel infierno? Las minas de Tingani devoran miles de seres anualmente.

—Pero usted resistió diez años. Llegó allí con poco más de veinte. Además de su habilidad para adoptar la apariencia física de cualquier ser, humano o no, su constitución física es poco corriente. Tal vez nuestro antiguo proyecto no fracasó del todo. En realidad nos asustamos, porque temíamos estar creando un monstruo que podía acabar devorándonos.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Supone que pretendo algo?

—Sí. De otra forma ya me habría matado o entregado a sus hombres.

—Tiene razón. Su inteligencia es notable, aunque me ha decepcionado un poco a causa de su aparición como un horrible ser de Carter II. ¿Qué pretendía?

—Burlarme de usted.

—¿Por qué soy un miembro de rango de la Superioridad?

—Sí.

—Bah. Ahora estoy un poco en desgracia. Este cargo que disfruto no me durará mucho.

—Entiendo.

—¿Qué entiende?

—Su afán por acaparar riquezas.

—Así es. Necesito garantizar mi vejez. Tengo casi cien años.

—No los aparenta.

—Las curas de rejuvenecimiento naturales cuestan mucho. Todo cuanto había logrado en Ofidia lo tenía invertido en esa colección por la que se sintió tan atraído. Comprenderá que no voy a desprenderme con facilidad de ella.

—Quizá no la vuelva a ver. Está en buen recaudo.

—Sabe que tengo medios para hacerle hablar. Usaría con usted algo mucho más resolutivo que el medio que emplee con Glory.

—Espero que no haya sido duro con ella.

—No puedo culparla, en realidad. Pensó que hacía el amor conmigo. No soy celoso.

—Me alegro —rió Caronte—. Lo que no comprendo es cómo me asoció con el tipo que le había suplantado. Cuando descubrió lo sucedido lo lógico era que hubiera pensado en un actor o en un ladrón que se hubiese cambiado quirúrgicamente el rostro. Una fortuna como la suya bien valía la pena convertirse en algo tan feo como es usted.

—No se haga el chistoso. Su situación es muy delicada.

—No me importa morir.

—Pero sí se apenará mucho si a la chica le pasa algo. Oh, no intente pasar por duro. Puedo averiguarlo pronto, cuando empiecen a llegar a esta habitación trozos de ella, uno cada cinco minutos.

—Dígame de una vez lo que espera de mí. Optimísticamente, claro. Estoy dispuesto a decepcionarle.

Daroll movió su pistola, al tiempo que sonreía.

—Lady de Vahil es una vieja bruja que me odia. Hace tiempo envió un mensaje a la Tierra y contó algo a un viejo amigo, un asunto que me compromete. Aunque no lo crea, Caronte, la Superioridad castiga a los ladrones. Dictan la sentencia otros tan ladrones como el reo, pero lo hacen. Creo que para guardar las apariencias. A veces pretenden dar ejemplo, aunque no con ellos, claro.

»Tenía pensado marcharme de Ofidia antes de un mes, con las gemas y con Glory. Con un poco de suerte habría conseguido mantenerme oculto en algún mundo libre o de la Realeza, pero estoy seguro de que al final algún agente de la Superioridad o de una organización me habría cazado. Son pocos los que consiguen eludir el sistema.

»El subconsciente de Glory me reveló cosas interesantes de usted, de la relación que ella mantuvo con quién creía que era yo. Empecé a dudar, de veras, de mi buena suerte. Incluso empezó a importarme muy poco la fortuna que me había robado».

—¿De veras? —inquirió Caronte.

—Sí, créame. El destino, extraño y sutil, podía ponerme en las manos el medio de eludir el castigo que me habría dado la Superioridad, tarde o temprano. Con un poco de habilidad podía

redimirme, incluso alejar de un puntapié a Lady de Vahil y su amigo intrigador de la Tierra.

—¿Cómo?

—Gracias a usted.

—¿Está de broma?

—No. Le necesito. Caronte, usted cruzará la Laguna Estigia una vez más, pero ahora no dejará en la otra orilla a ningún condenado, sino que será usted quien va entrar en el infierno.

5

Caronte aceptó un cigarro. Lo encendió y a través de la primera bocanada de humo escrutó el rostro, siempre sonriente desde hacía un rato, del Regente de Ofidia.

—Alguien me contó —dijo— que usted poseía un montón de millones de gemas. Planeé burlarme, zarandearle, hostigarle y embolsarme al final la pequeña fortuna.

—No es un buen perista. Mis gemas valen mucho más de diez millones. Pero dejemos esas piedras.

—Sí. Hablemos de mi viaje al infierno. Algún día tendré que conocer más acerca del barquero Caronte. A menudo me hablan de él, cuando se enteran de cómo me llamo. Lamento ser un hombre poco cultivado.

—¿Ha oído hablar alguna vez de Mit?

—Incluso en la cloaca de Tingani llegaron rumores hace unos diez años, cuando llevaba aquí unos meses. Los guardianes comentaban entre sí la guerra que se sostuvo contra ellos. Creo que los Señores de la Guerra, de los Mundos Libres, les echaron una mano, ¿no?

—Entonces creíamos haber acabado con ellos para siempre. Destruimos sus mundos.

—Eso escuché.

—No es cierto.

—¿No?

—En absoluto. La gente cree que los mits fueron destruidos totalmente mediante una poderosa arma. La realidad es que hace unos tres años una patrulla armada descubrió en un sistema planetario muy alejado la auténtica cuna de esta raza maldita. Nuestros militares creyeron haber acabado con los planetas principales, pero sólo eran unas colonias. La amenaza, señor Caronte, sigue existiendo.

—¿Y qué pinto yo en este problema? ¿Acaso hay guerra de nuevo?

—Por el momento, no. Pero la habrá pronto. La existencia de esos mundos mits se ha mantenido en secreto. Es preciso que no cunda la alarma. Mal estuvieron las cosas mientras duró la guerra que se prolongó durante treinta años. Por el momento suponemos que los mits están confiados en sus refugios, aguardando el momento de su desquite. Se procrean rápidamente y construyen nuevas flotas con rapidez.

—No veo el peligro por ninguna parte. Si la otra vez aniquilaron varias docenas de mundos, ahora les será fácil acabar con un simple sistema planetario.

—Poseen un sistema defensivo que se extiende más allá del planeta más alejado de su sol. Apenas detectan una nave extraña lo activan y la destruyen.

—¿No me habló de un arma muy poderosa? Úsenla de nuevo.

—Ya no existe. Después de destruir los mundos mits, que suponíamos eran los únicos, algo ocurrió y desapareció. Es imposible volver a construirla.

—Sigo sin comprender qué papel juego yo ahora.

—¿Sabe cómo es un mit?

—Un No Humano algo más feo que los conocidos.

—Aparentemente es un bípedo, de largos brazos y cortas piernas, de cabeza horrible y mente sanguinaria. Odia a los humanos. Jamás lo sabremos, pero sólo viven para destruirnos. ¿Por qué? Tal vez les ocurrió algo hace millones de años con una raza ya extinguida que se parecía a nosotros. Existen muchas teorías al respecto, a cuál más disparatada.

—¿Eso importa?

—Puede importar. Nos gustaría conocer por qué nos odian.

—¿Por qué habla en plural?

—Antes de que yo cayera en desgracia ante el consejo de la Superioridad regido por el Jerarca, expuse esta hipótesis: Si supiéramos el motivo de ese odio podríamos convencer a los mits de que todos cabemos en la galaxia. Sería posible enviando un espía para que primero conociera las causas.

Caronte dejó de fumar. Miró al Regente con ojos llenos de asombro.

—¿Está insinuándome que…?

—Sí. Quiero que usted se convierta en un mit y vaya a ese sistema planetario recién descubierto, viva con ellos, piense como ellos y regrese contándonos todo cuanto nos pueda interesar.

—¿Esto le redimiría ante sus antiguos colegas de la asamblea?

—Por supuesto. Ninguna sucia intriga podría derribarme. Todavía viven algunos que estuvieron presentes en el proyecto iniciado hace treinta años con usted. ¿Sabe por qué? Queríamos convertir a alguien en un espía, en el mejor. Es imposible disfrazar a un humano como un mit. Sería preciso que alguien se convirtiera en un mit.

—¿Por qué no siguieron adelante?

—Hubo más gente como usted antes, Caronte.

—No comprendo nada.

—Fueron fracasando. Apenas nacían se convertían en idiotas. Mientras la guerra contra Mit seguía rugiendo, conseguimos que crecieran algunos que nacieran al mismo tiempo que usted, incluso logramos que adoptaran el aspecto de un mit, pero les duraba apenas unas horas, quizá porque sus organismos eran deficientes. Nos cansamos de experimentar y a usted, el último del grupo, cansados de todo, lo remitimos a Tingani, a que muriera allí. Pero sobrevivió, aunque nos enteramos tarde, mucho después de haber terminado la guerra.

«Me acaba de demostrar que puede hacerlo. Pasar por un oriundo de Carter II no es más fácil que cubrirse con la apariencia de un mit».

—No sé hablar mit ni tampoco comportarme como uno de ellos.

—Disponemos de medios para enseñarle su lenguaje y todo cuanto sabemos.

—Pero ignoran cómo viven en sus mundos.

—Eso podría solucionarse con un ardid —rió Da— roll—. Hasta un mit puede perder la memoria. Sabemos, eso sí, que son extremadamente piadosos con la clase alta, los que gobiernan.

—Me sería muy fácil decir que sí ahora y largarme a la primera ocasión.

—Sí, claro. Pero su amiga quedaría aquí y ella pagaría su desconsideración.

Caronte meditó un poco.

—Tendría que ofrecerme algo más que mi vida por tanto como quiere de mí.

—¿Dinero? Tendría mucho.

—¿Sus gemas?

—No. Ésas deberá devolvérmelas cuanto antes.

—Podría ser. ¿Qué piensa hacer?

—Lo primero llamar a la Tierra y exponer al Jerarca mis planes.

—¿Es preciso?

—Sí. Antes que nada debo detener el movimiento iniciado contra mí en la Tierra, promovido por mi esposa. Luego pondrán a mi disposición todo cuanto necesite para que usted asimile lo que conocemos acerca de los mits.

—Será bien poco.

—Lamentablemente, sí. Hace años pensamos que el humano convertido en mit que llegara a uno de sus mundos tendría que contar una historia creíble para los mits.

—¿La historia del hijo pródigo?

—¿Quién le contó eso?

—Un viejo en Tingani, el día antes de morir.

—Debía de ser un hombre cultivado —sonrió Daroll.

A veces terminaba en Tingani gente muy singular. Sé que en la Tierra se conservan aún algunas naves mits capturadas.

—Esto es una locura. No daría resultado.

—¿Por qué no? Los mits acogerían alborozados a un antiguo combatiente que después de tantos años regresara al hogar, al auténtico, llevando datos importantes de sus enemigos. Después de la derrota que les infligimos estarán tan enloquecidos por sus deseos de venganza que dudo que sean capaces de pensar razonablemente.

—Necesito un mit para verlo y parecerme a él.

—En cierto museo antropológico de la Tierra se conserva uno milagrosamente embalsamado. Haré que lo traigan a Ofidia.

—¿Me garantiza que una vez terminada mi misión seré libre?

—Le sacaré la garantía que precise al mismo Jerarca, y la asamblea lo refrendará. Bien, debo aclarar que será una pequeña parte de los líderes quienes estarán enterados de todo, pero será suficiente, ¿no?

Caronte esbozó una sonrisa. Conocía demasiado bien a la Superioridad y sus líderes como para confiarles nada. Pero eso lo

resolvería cuando llegase el momento.

—Si vamos a colaborar será mejor que empecemos a tenernos confianza. ¿Por qué no deja de apuntarme con la pistola?

—No soy idiota, señor Caronte. Sé perfectamente que usted colaborará a la fuerza. Es egoísta y le importa muy poco la suerte de la humanidad.

Caronte se burló:

—¿Acaso usted lo hace todo por ella?

—No. Tiene razón. Lo hago porque necesito salir airoso. En realidad, salga usted triunfante o no de la aventura, mi reputación se habrá fortalecido. Haber encontrado a Caronte será suficiente para mí. —El resto no es de mi incumbencia.

—Pero atacarán un día u otro, ¿no?

Daroll se encogió de hombros.

—Cierto. Yo no viviré más que veinte o treinta años. La otra guerra duró tres décadas, y ésta puede alargarse durante más tiempo. No me preocupa mucho.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo entiendo. Haré lo que me pida.

—Dígame dónde están las gemas. Será una prueba de que usted colaborará.

Caronte le dijo, de mala gana, la dirección del apartamento alquilado.

Daroll se apresuró a ordenar a su secretario que enviase allí a varios de sus hombres de más confianza.

—Quisiera ver a Yarmina —pidió Caronte.

—¿Yarmina? Ah, sí. Debe de ser la chica que le esperaba en el deslizador.

—A solas.

—Dispondré unas habitaciones para ustedes en este mismo edificio, —Daroll soltó una carcajada—. Espero que usted no pretenda convertirse en ella y escaparse, ¿verdad?

—Aunque le parezca mentira, todavía no me he movido por ahí bajo el aspecto de una mujer. Ahora que lo pienso creo que sería interesante.

—Sin duda.

Daroll hizo que le hicieran subir a Yarmina.

Cuando la chica entró, comentó admirado:

—Es muy bella.

—¿Qué ha pasado, Caronte? —preguntó ella, pálida al verle bajo su verdadero aspecto.

—Nada, querida —sonrió el hombre. Le indicó una silla—. El Regente y yo hemos acabado siendo buenos amigos.

6

—Estás loco.

Caronte escuchó inmóvil las palabras de Yarmina. Al cabo de un instante, dijo:

—Eso ya me lo dijiste hace dos meses, cuando el Regente nos dejó solos.

—Ah, sí. Fue el mismo día en que todo tu plan estúpido se vino abajo. Un día nefasto, por cierto. Además, recobró su colección de gemas de Antares.

Ella permanecía sentada en un ángulo de la sala. Cerca de la ventana permanecía una figura monstruosa, de casi dos metros de altura, de cuerpo largo y enjuto. Se movió. Caminó sobre sus piernas cortas y de aspecto elefantino. Agitó sus largos brazos que casi rozaban con sus dedos el suelo al andar.

—No me impresionas, querido —dijo Yarmina viéndole acercarse. Sin embargo sentía una viva repugnancia. Trató de sonreír.

Caronte dejó de ser un mit al instante. Se alisó los cabellos y chasqueó la lengua. Movió los brazos.

—Es fácil ser un mit —dijo.

Pensó en las largas horas que había permanecido observando y estudiando el cuerpo muerto y embalsamado del mit que la Superioridad ordenó fuera trasladado hasta Ofidia.

—Casi puedo dominar su maldito lenguaje, aunque termino con dolor de garganta. Según aseguran mis instructores, dentro de pocas semanas estaré lo bastante capacitado como para pasar por un mit herido y debilitado, algo despistado de memoria.

—Y luego ¡paf! Se acabó Caronte. Los mits te harán picadillo cuando descubran la superchería.

—Apenas me marche el Regente te dejará libre —dijo Caronte. Se llenó una copa de vino y bebió.

—Tal vez lo haga. ¿Por qué no? No ganaría mucho faltando a su palabra —sonrió llena de burla mordaz—. Aunque pienso que no querrá que me aleje demasiado.

—¿Qué quieres decir?

—Me mira con ojos llenos de deseo. Quizá piense cambiar de amante. La otra, la llamada Glory, no le interesa mucho desde que quedó un poco idiota después de drogaría.

—Mi partida sería menos penosa sabiendo que te dejo con el porvenir asegurado —rió Caronte.

—Hijo de perra…

—Cálmate. Estos días no paras de insultarme.

—¡Por supuesto! Te advertí que tu plan para vender las piedras no podía ser más infantil. El Regente te apresó apenas charló contigo unos minutos.

—Te he explicado mil veces que tuve la mala suerte de caer en manos de uno de los pocos seres de la galaxia que conocen mi existencia.

—Lo aceptas con extraordinaria sencillez.

—Soy jugador y sé perder.

—Perderás la vida —dijo Yarmina con pena.

Caronte dejó la copa y se sentó a su lado. Le pasó los brazos por los hombros y la besó. Recordó que por las noches ella insistía en hacer el amor como si fuera la última vez que tenían la oportunidad de hacerlo.

—Puedo volver —dijo él.

—¿Cuánto tiempo tardarías en regresar?

—Un año como máximo. ¿Serías capaz de esperarme?

—¿Por qué no?

—En tal caso, pasado este tiempo, te autorizo a arrojarte a los brazos del Regente.

Yarmina le dio golpecitos en el pecho con sus puños cerrados.

—Debería… —empezó a decir.

—Ahora sólo piensa en mí —pidió él.

Le arrancó el vestido.

—Ese cerdo de lord de Vahil no vendrá a buscarme hasta el anochecer —aseguró Caronte.

7

Al principio Caronte se había extrañado de que el Regente mantuviese con él tantas conversaciones a solas, sin ningún guardaespaldas a la vista. Luego sabría que al otro lado de la habitación donde se encontraban siempre había varios que le apuntaban con sus armas a través de huecos disimulados en la decoración de las paredes.

Aquella noche acudió a su cita diaria con el Regente, como hacía todos los días. Por las mañanas tenía clases intensivas, siempre adoptando la apariencia de un mit, rodeado de profesores y científicos que insistían en hacerle pensar y caminar como un mit.

—Me han dicho que sus progresos son notables —dijo Daroll después de leer el informe diario. Miró a Caronte, sentado frente a él, al otro lado de la mesa, y fumando uno de sus caros cigarros.

—Tengo prisa por acabar —sonrió Caronte.

—En tal caso mis noticias son buenas para usted. Partirá dentro de cinco días.

Caronte enarcó una ceja, asombrado, y también un poco asustado.

—¿No es demasiado pronto? Todavía no domino a la perfección el idioma mit.

—Este inconveniente se le arreglará injertándole una prótesis bucal. Simulará una herida que le impedirá pronunciar correctamente los sonidos mits.

—¿A qué se debe esta urgencia?

—Ya le conté que el Jerarca se entusiasmó con la idea de tener un espía en Mit. Nos dio toda clase de facilidades y me devolvió su confianza, incluida la del comité de la Asamblea que está al tanto del proyecto.

—Entiendo —sonrió Caronte—. Llegó la gratitud del Jerarca hasta tal extremo que consintió en su divorcio de Lady de Vahil,

pese a ser una prima lejana suya, ¿no?

—Entre otras cosas. Ahora es ex-Lady de Vahil y refunfuña contra su mala estrella en la Tierra, en unión de su amigo enredador.

—¿Por qué ha cambiado de idea el Jerarca?

—No lo sé exactamente. Es posible que sea debido a que nuestros generales y mariscales están preocupados a causa de los informes de los cruceros que patrullan las cercanías del sistema planetario Mit. Caronte, el miedo a la guerra contra un enemigo muy poderoso es horrible. El Jerarca y el comité tiemblan ante la idea.

—Comprendo. Es muy fácil combatir con ventaja.

—Por lo tanto, estos últimos días que nos quedan deberá aprovecharlos al máximo. Se intensificarán las clases. Creo que sería adecuado que Yarmina durmiera en otra habitación, que no esté tantas horas a su lado.

—De ninguna manera. Me niego.

—Esperaba esta postura, y la temía —suspiró Daroll—. Está bien. Seguirá con usted.

—Ella quedará libre en el mismo momento en que yo parta.

—Se lo prometo.

—Tengo que confiar en usted.

—Caronte, sé que no me creerá, pero durante este tiempo que nos hemos estado viendo a menudo he llegado a tomarle simpatía.

La respuesta fue seca:

—Lamento no poder decir lo mismo.

—Soy sincero. Cumpliré todas mis promesas.

Cuando regrese y nos entregue su informe quedará libre y se le pagarán sus servicios.

—¿Piensa lo mismo la Superioridad?

Daroll vaciló un instante antes de responder:

—Sí. Tengo todas sus garantías.

Caronte entornó los ojos. Quizá el Regente era sincero. Sin embargo no podía otorgar la más mínima confianza a las promesas procedentes de la Tierra.

Se levantó y dijo:

—Está bien. Seré un alumno aplicado estos días.

8

Cinco días más tarde, Caronte observaba la extraña nave mit situada en la pista de despegue de la zona militarizada del astropuerto de Ofidia.

No había nadie por los alrededores. Ni un solo guardia armado perteneciente al planeta. Detrás de Caronte permanecía el grupo presidido por lord de Vahil, compuesto principalmente por los instructores enviados desde la Tierra, algunos miembros del comité y el secretario Lamoon.

—Cuando quiera, Caronte —dijo el Regente Daroll.

La fiera y monstruosa cabeza mit de Caronte se volvió y dos ojos pequeños y rojos como brasas contemplaron a lord de Vahil.

Hubo un estremecimiento general en el grupo, incluido Daroll. La expresión furibunda de Caronte era impresionante. De las fauces del monstruo surgió una extraña carcajada.

—Adiós, Regente —dijo extendiendo su largo brazo y ofreciendo una zarpa rugosa y con uñas puntiagudas y duras como el acero.

Daroll titubeó un poco. Al final se atrevió a estrechar la garra enorme y poderosa. Su mano desapareció al cerrarse en su torno los dedos nudosos.

—Podría rompérsela fácilmente, Regente —rió Caronte.

—Lo sé —deglutió Daroll—. Ahora tiene la fuerza de un mit.

—Pero no su maldad. Sin embargo no se fíe tampoco de Caronte —rió el monstruo. Le soltó y saludó al grupo, diciendo—: Enviad mis maldiciones al Jerarca de la Superioridad. Si no vuelvo os esperaré a todos en el infierno.

Les dio la espalda y echó a caminar hacia la nave.

—Suerte, Caronte —murmuró lord de Vahil.

—La voy a necesitar —gruñó el monstruo.

—Yarmina me pidió que le transmitiese sus saludos. Ella está libre.

Caronte asintió. Subió las escaleras y miró a los hombres desde la entrada de la nave. Agitó las manos y cerró la compuerta tras él.

Anduvo hasta la cabina de mando y se sentó en el sillón en el que sólo podría sentirse cómodo un mit. Caronte lo era y sonrió llenó de una singular complacencia.

Notaba en todo su ser una extraña euforia, embriagado por la perspectiva de una aventura inusitada, pese a que en ella podía encontrar su fin, un fin nada rápido si era descubierto por los que él pensaba engañar.

Miró los controles. Su adiestramiento en el arte de conducir una nave mit era absoluto. Los mandos eran toscos y grandes, adecuados para sus zarpas.

Durante los tres últimos días no había abandonado un solo instante su apariencia alienígena. Había vivido, comido y dormido siendo un mit.

Uno de los enviados por la Tierra le había sugerido que lo hiciera así, que incluso durante el viaje hasta los mundos de Mit se mantuviera bajo el aspecto horrible de la criatura copiada.

Lo único que había lamentado en el transcurso de las tres jornadas era que le había estado vedado hacer el amor con Yarmina.

Lanzó un rugido por su garganta carnosa y pulsó los últimos controles.

La nave de estructura arácnida pegó un brinco y se elevó poderosa hacia las nubes. Después de atravesarlas se precipitó rápidamente hacia el cielo gris plomizo de Ofidia y se sumergió en el espacio.

Caronte dejó que las agujas entrasen en sus arterias y le inyectasen el líquido adormecedor que le mantendría en suspensión animada durante los veinte días que duraría el viaje.

Era la manera de viajar de los mits. Era su modo.

Se quedó dormido a los pocos minutos y sus últimos pensamientos fueron para Yarmina. Musitó todavía en lengua humana:

—Te despedazaré si tocas un solo cabello a Yarmina, lord de Vahil.

En Ofidia, Daroll se encogió de hombros cuando sus ojos dejaron de ver la débil estela de la nave mit. Antes de volverse para

dirigirse a su vehículo oficial, musitó:

—Sucio mit —sonrió torvamente—. Si tienes la suerte de regresar sufrirás la sorpresa más desagradable de tu vida.

9

Veinte horas antes de acabar su viaje, cuando la nave perdía velocidad tras haber salido del hiperespacio, Caronte despertó y miró las estrellas a través de la pantalla situada sobre la consola.

Estudió el sistema planetario Mit cuando todavía le faltaban dos horas para acercarse al punto mortal donde se suponía estaban las defensas energéticas.

El sol carmesí brillaba como una lejana luciérnaga. Sabía que alrededor de él giraban tres planetas idóneos para albergar vida mit. Los demás resultaban demasiado grandes y primitivos, inhabitables, pero existirían en ellos bases militares que conformarían el sistema defensivo enemigo.

Se sonrió al pensar en los mits como enemigos. Todo él, excepto su cerebro, era un auténtico mit. Suspiró extrañamente. Era difícil concebir a un mit lanzar un suspiro.

Esperaba que sus conocimientos del idioma mit fueran suficientes. Por desgracia no sólo debía rogar a algún dios que así fuera. Quedaban más problemas.

¿Admitirían los mits su llegada? ¿Se creerían la historia que durante días había estado concibiendo con la ayuda de psicólogos y estrategas?

Se encogió de hombros.

Ya no era el momento para las lamentaciones, no cuando su emisor automático emitía las viejas coordenadas bélicas obtenidas por los humanos de sus enemigos durante la vieja guerra.

Dos horas después cruzaba la barrera invisible. No sucedió nada y empezó a concebir fundadas esperanzas.

Cuando navegaba a la altura del más limítrofe de los grandes planetas, recibió la primera llamada a través del comunicador.

—Identifíquese, identifíquese.

Caronte aspiró el aire pesado de la cabina, el mismo que

respiraría mientras viviese en alguno de los tres mundos mit. Todavía ignoraba a cuál de ellos sería obligado a dirigirse… a menos que antes un misil o una descarga láser acabase con sus preocupaciones.

Acercó su rostro al micrófono y dijo:

—Soy el oficial Jaun Dagor de la Cuna de Gor. Mi código de identificación es…

Repitió todos los datos de la personalidad con que debía revestirse a partir de aquel momento. Luego esperó la respuesta.

Transcurrieron veinte minutos antes de que llegase a oír:

—Jaun Dagor, aminore la velocidad de su unidad hasta el punto tres y mantenga el rumbo. Recibirá una respuesta definitiva en breve. Le advertimos que una flota se acerca a su posición y le vigilará.

Intuyó que sólo por viajar en una nave de guerra mit se había librado de acabar pulverizado apenas cruzó la barrera limítrofe.

Sin otra cosa que poder hacer, esperó.

Pasaron doce horas de silencio.

Los grandes planetas quedaron atrás y se acercaba, pese a su velocidad mínima, a los mundos supuestamente habitados.

Entonces volvió a recobrar vida el comunicador.

Aunque también era fuerte y áspera como la primera, la nueva voz le sonó distinta a Caronte en sus oídos mits.

—Sus datos son conflictivos, Jaun Dagor. Sin embargo vamos a proceder a una investigación más profunda. Diríjase al planeta Yhandai.

Caronte hubiera sudado en aquel momento de haber tenido su apariencia humana. ¿Cuál de los tres era Yhandai?

—Carezco de suficiente energía para ir allí. No tendré otra alternativa que descender en el más próximo —dijo.

—Es Yhandai de todas formas, Jaun Dagor —replicó la voz, y Caronte percibió un ligero tono de animosidad en ella—. Le esperamos. Puntos de descenso: Ocho, tres, uno.

Caronte insertó en el navegador automático los datos.

Luego echó la cabeza atrás y decidió aguardar la llegada de los acontecimientos.

10

Los acontecimientos se sucedieron de forma vertiginosa para Caronte.

Apenas entró su nave en las proximidades del planeta Yhandai pudo ver a simple vista la flota que le escoltaba o vigilaba, según quisiera considerar el hecho, con optimismo o pesimismo.

A pesar de conocer su punto de destino fue prácticamente llevado en volandas hasta allí, un gran astropuerto formado por una estructura gigantesca y metálica, de tres pisos, en los cuales se posaban cientos de naves de modelo similar a la suya, y otras desconocidas, de aspecto inédito incluso recordando los registros que se conservaban de la anterior guerra contra Mit.

Caronte salió de su nave aparcada en un extremo de la plataforma, en un ángulo tras el que se abría un abismo profundo.

Afuera le esperaban varios mits y más allá una media docena de naves formando un cuarto de arco y cerrando el sector.

Anduvo hasta sus supuestos hermanos de raza, caminando despacio, mirando a su alrededor y aspirando el aire del planeta. La atmósfera era muy similar a la que había estado respirando dentro de su nave. Era áspera y no olía precisamente bien.

Se detuvo y esperó. ¿Qué otra cosa podía hacer mientras su corazón latía rápidamente? Un corazón humano. De mit sólo tenía el aspecto externo.

Caronte emitió una sonrisa invisible cargada de sorna. Si aquellos monstruos le sometían a unos profundos análisis clínicos su vida no duraría más allá de unas horas ni valdría un céntimo de crédito.

Tenía que confiar en que las costumbres profilácticas en Mit, según le habían asegurado sus asesores, eran diferentes a las que conocía.

Si fuera verdad que sólo se limitarían a interrogarle…

Del grupo de mits se destacó un ejemplar corpulento. Su uniforme sucinto era rojo y lucía unos distintivos que equivalían al grado de generalísimo o mariscal de la Armada de la Superioridad.

—Soy Uwlan-Dagor. —Y se le quedó mirando fijamente.

Caronte se estremeció levemente.

Sabía por experiencia que debía dejar hablar a los demás cuando se hallaba en una situación comprometida.

—De la Cuna de Gor —añadió el alto jerarca militar.

—Gor… —musitó Caronte fingiendo perplejidad.

—Soy tu hermano—padre.

Caronte sabía que los mits poseían dos sexos. Aquel tipo debía ser hermano de quien un lejano día, tal vez hacía unos cincuenta años, depositara un huevo del que nacería el mit que él pretendía suplantar.

—Estoy enfermo, Uwlan-Dagor —ronqueó Caronte. Extendió sus zarpas—. Llevo perdidos mis recuerdos desde hace mucho tiempo.

El militar entornó sus redondos ojos y ladeó la cabeza. Durante un instante estuvo respirando entrecortadamente. Parecía estar sumido en hondos pensamientos.

Caronte era consciente de que su vida dependía de tales meditaciones.

—He estado diez años perdido en el espacio, en las regiones de los malditos humanos de la Superioridad —dijo con precaución, preguntándose sin cesar si no había sido un estúpido aceptando la maldita misión.

—Lo imagino, Jaun Dagor —asintió el mariscal. Tomó a Caronte de un brazo y le obligó a caminar unos pasos en dirección al grupo —. Imagino que tus sufrimientos te han perturbado la mente. Eres uno de los pocos hermanos que han regresado a su Cuna desde los planetas secundarios que destruyeron los humanos.

Cuando estuvo cerca de los demás mits, añadió con evidente alborozo:

—Demos la bienvenida a Jaun Dagor, mi hijo-sobrino. Hermanos mits, hoy es un día de alegría para la Cuna de Gor.

Caronte hubiera soltado un suspiro de alivio de buena gana.

Pero enseguida se dijo que todavía no debía echar las campanas al vuelo.

11

Horas después, Caronte pudo comprobar, muy a pesar suyo, que había hecho bien no creyendo tan pronto que su engaño era perfecto.

Aunque Uwlan-Dagor le había dicho que la entrevista sólo era una cosa de trámite, comprendió pronto que se trataba de un interrogatorio.

Tres mits de alta graduación militar se encerraron con él en una habitación. Sentados detrás de una mesa se dedicaron a hacerle preguntas. Al principio eran banales, casi amistosas, pero al poco rato se convirtieron en capciosas y Caronte llegó a temer que terminaran sometiéndole a alguna clase de detector de mentiras o le inyectaran una droga para hacerle soltar la lengua.

—¿Dónde estaba su nave-madre cuando desaparecieron los mundos secundarios?

—¿Quién era su jefe directo?

—¿Cómo ha tardado tanto tiempo en encontrar la ruta de nuestros planetas primarios, las sedes de las Cunas de Mit?

Las fue respondiendo como mejor podía. Las que consideraba como más comprometidas trataba de eludirlas y alegaba no recordar bien el tema.

Siempre se escudaba en su enfermedad transitoria, en su falta de memoria provocada por su largo vagar por los espacios.

Cansado de tantas preguntas, Caronte echó mano a su último recurso. Con voz cansada y en absoluto disimulada, dijo:

—Los humanos, me temo, nos han descubierto.

Los tres mits sufrieron sendos espasmos, se miraron entre sí alarmados y luego escrutaron al falso jaun Dagor.

—¿Cómo lo averiguó? —preguntó uno.

—Hace años tuve un enfrentamiento con una pequeña nave humana. Por aquel entonces todavía permanecían conmigo tres

subalternos. La lucha fue dura y ellos murieron, pero acabé venciendo. Abordé los restos de la nave enemiga y encontré un humano moribundo. Estuve a punto de matarlo, pero recapacité y lo sometí a un interrogatorio. Me contó que los suyos tenían sospechas de la existencia de otros mundos mits.

—Sólo era una suposición…

—Creo que no mentía.

—¿Posee pruebas de lo que afirma?

—Deben creerme.

—¿Qué le ocurrió después de aquel enfrentamiento?

—Enfermé y me perdí. No me repuse hasta hace un año y decidí regresar. En mi mente flotaban algunos indicios, que, aunque leves, me permitieron trazar una ruta, en la que no tenía mucha confianza, pero que al final me ha traído de vuelta al hogar.

Hubo un silencio.

El mit que parecía presidir aquel tribunal se retiró con sus compañeros para deliberar. Cuando los tres regresaron, sus expresiones, según el criterio de un humanoide, eran menos distantes.

—Debemos pedirle disculpas por haberle cansado, oficial Jaun; pero debe comprender que era imprescindible esta entrevista.

Caronte asintió con mordacidad. Llamaban entrevista a un interrogatorio en el que sólo había faltado la agresión física. De todas formas no podía sentirse decepcionado. Su argucia parecía haber dado resultado.

—Diremos a su hermano-padre que por el momento es usted libre de ir donde quiera en Yhandai…, hasta que sea avisado. Seguro que Uwlan-Dagor se sentirá muy orgulloso de presentarles a sus hermanos de Cuna.

Caronte mostró su alegría, aunque mentalmente se decía que a partir de ahora iba a comenzar la parte más difícil de la misión. Cualquier paso que diera en falso podía costarle la vida.

Aunque su aspecto externo no podía ser más real, capaz de engañar incluso al hermano-padre del verdadero Jaun Dagor que permanecía embalsamado en Ofidia, era consciente de que una somera inspección en su cuerpo mit le delataría. Por ejemplo, no podía modificar su constitución humana interna, ni por lo tanto reproducir los órganos sexuales de aquellos seres.

Abandonó la habitación pensando que si un mit llegara a verle totalmente desnudo comprobaría enseguida la verdad y se acabaría la superchería.

Con el firme propósito de no perder el tiempo y decidido a acabar lo más rápidamente posible con su trabajo de espionaje, Caronte se enfrentó de nuevo con el mit Uwlan y recibió de éste los parabienes y toda clase de felicitaciones. Al parecer ya conocía el fin de la reunión. Se mostraba muy contento porque estuviera de regreso y, también, porque fuera portador de informes que podían ser vitales para la raza.

—Te tomarás unos días de descanso —dijo Uwlan cuando se hubieron acomodado en un vehículo conducido por un mit enorme y silencioso—. Apenas te encuentres recuperado me lo dirás y te llevaré a ver a los miembros más importantes de nuestra Cuna. Todos estarán orgullosos de ti y ansiosos de darte un abrazo. Ya conocen tu regreso y tuve que mostrarme severo para que no acudieran en masa a recibirte.

Caronte asintió en silencio. Simuló distraerse girando por la ventanilla. En realidad le interesaba todo cuanto veía. Quería que su mente retuviese los más mínimos detalles de la sociedad mit. No podía tomar apuntes en escritura humana y tenía que confiar en su memoria.

También llegó a la conclusión de que Uwlan había mantenido recelos hacia él, y se preguntó hasta qué punto había desconfiado. ¿A causa de su estabilidad mental? Era del todo absurdo sospechar que se imaginara que Jaun Dagor fuera un espía. Ningún maquillaje ni cirugía plástica podía conferir a un humano el aspecto de mit. ¿Entonces?

—Cuando permanezco en la ciudad ocupo esta vivienda —explicó Uwlan cuando el vehículo se detuvo junto a una edificación, en los arrabales de la urbe—. Nuestra Cuna reside muy lejos, como recordarás.

—¿Vivirás conmigo durante estos días? —Preguntó Caronte después de bajar y seguir a su hermano— padre hasta el interior.

—No siempre. Tengo mucho trabajo. Estamos en pleno proceso de procreación, ya me entiendes.

Caronte asintió a pesar de que no entendía apenas.

El interior de la vivienda era confortable y el aire acondicionado

la llenaba de tibieza y de la humedad suficiente para que un mit se sintiera cómodo. Sin embargo, para Caronte el calor era excesivo y se dijo que no lo iba a pasar nada bien. Le fue mostrada su habitación, con la enorme cama. Uwlan le abrió un armario y explicó:

—Aquí encontrarás uniformes. Los mandé traer apenas me informó el comité que todo estaba correcto y tu disposición mental podía permitirte convivir con los demás.

Caronte sonrió tímidamente. Empezaba a tranquilizarse.

Al parecer, los recelos de los mits ante su llegada se limitaban a temer que su mente estuviera enferma, sin posibilidad de rehabilitación. Se preguntó si había salido del trance debido a su habilidad o sólo a la suerte que parecía protegerle.

—En otras habitaciones encontrarás aparatos para ejercicios físicos, mentales y espirituales —añadió Uwlan, otra vez estuvieron ambos en el vestíbulo.

Al otro lado de la puerta se veía el vehículo con su conductor apostado junto a la entrada.

—Necesito dar gracias al Gran Mit —dijo Caronte solemnemente. Poseía unos conocimientos limitados acerca de la mitología religiosa de esta raza, pero sabía que era profundamente fervorosa en temas místicos, lo cual le preocupaba y le sorprendía al mismo tiempo.

Se despidieron después de los saludos rituales.

A solas, Caronte resopló aliviado. Se dirigió al cuarto donde se almacenaban los alimentos y con resignación se sirvió una ración de comida mit. Aunque sabía que no acabaría envenenándole, echó de menos las exquisiteces humanas.

Luego, saciado su apetito y su sed, buscó la habitación que bien podía llamarla biblioteca.

Los mits cilindros eran grabaciones que se insertaban en un aparato y sobre un tablero de la mesa de lectura aparecían las escrituras.

Caronte no estaba muy ducho en la lectura, no alcanzaban sus conocimientos para leer hasta el extremo que tenía para hablar el idioma mit, pero podía defenderse. Además, quería ejercitarse en profundidad. A Ofidia sólo le llevaron desde la Tierra los escasos registros que se habían capturado a lo largo de treinta años de

guerra, los cuales devoró una y otra vez.

La vivienda estaba bien provista de registros. Versaban sobre poesía, historia antigua, tratados de combate y pensamientos de la singular filosofía local. Esto último era demasiado enrevesado para Caronte y tuvo que abandonar el tema.

Buscó con ahínco en la historia mit, pero pronto descubrió desalentado que los textos almacenados en la biblioteca se limitaban a hechos acaecidos hasta cincuenta años antes. Por lo tanto, nada decían de la larga guerra sostenida contra la Humanidad ni su desenlace nefasto para las armas mits.

Los mits eran una raza muy antigua. En los escritos parecía insinuarse que procedían de otra galaxia y se establecieron en los planetas de aquel sistema planetario hacía cinco mil años. Luego se establecieron en otros mundos y desde éstos lanzaron su ataque contra la Superioridad.

No encontró en ninguna parte una razón que explicara el motivo del ataque.

Era evidente que Mit provocó la guerra.

Siempre rehusó dialogar con los humanos.

¿Por qué?

12

Pensó que encontraría algunos razonamientos en motivaciones religiosas y leyó cuantos textos pudo.

Caronte tampoco halló en ellos ninguna explicación. Días más tarde consideró que debía buscar en otras fuentes. La biblioteca de la vivienda era limitada. Debería ir a la ciudad e indagar en almacenes de registros más surtidos.

Su vida durante las siguientes jornadas no estuvo carente de sorpresas ni de sobresaltos. A veces temía haber cometido un error y se ponía en guardia, pero se tranquilizaba pronto al ver que Uwlan-Dagor u otro mit, quien estuviera a su lado, no parecía mostrarse sorprendido.

Uwlan, durante las pocas veces que le visitaba, mostraba su entusiasmo claramente y le confesaba que cada día le encontraba más recuperado.

—Me esfuerzo por estar pronto en condiciones de volver al servicio activo —decía Caronte—. ¿Hay noticias de los humanos?

—No por ahora, pero hemos extremado la vigilancia y a veces reforzamos el escudo protector.

Caronte se decidió a preguntarle:

—¿Tú combatiste?

—Por supuesto. Mandaba una gran flota de reserva. El gesto brutal de Uwlan se hizo más terrorífico. —Propuse al mando partir para reforzar los mundos secundarios, pero me negaron el permiso. Ya sabes lo que ocurrió.

—Ellos se equivocaron —dijo Caronte cautamente—. Si hubiéramos defendido nuestras bases con más medios habríamos impedido su destrucción.

—¿Qué sabes del arma que emplearon los humanos?

Caronte se tomó unos segundos para responder. Los estrategas de la Superioridad le habían dicho que él no debía explicar a los

mits que esta arma no la poseían ya, una vez usada hacía treinta años. Debían seguir creyendo que todavía la tenían. Esto les haría seguir siendo cautos y les aconsejaría no salir de sus planetas para intentar, por el momento, otra agresión.

—Nada. El humano que interrogué sólo la conocía por referencias. Sin embargo…

—Sigue.

—Creo que resulta muy costosa de instalar y utilizar.

Uwlan se mostró apesadumbrado.

—Entonces perdimos una batalla importante.

Caronte ya sabía, por haberlo leído, que los mits no consideraban la guerra terminada, sino que sólo había concluido una etapa en la que la suerte no había estado de su lado.

—Pronto volveremos al ataque —dijo Caronte con entusiasmo—. Estoy deseando incorporarme cuanto antes a mi unidad y estar preparado.

Comprendió enseguida que había cometido un desliz, aunque no de gravedad. Uwlan se limitó a soltar un gruñido y a manifestar su disconformidad con las palabras de Jaun, diciendo:

—El ciclo no está terminado todavía. Necesitamos tiempo para repoblar estos planetas. Nos vaciamos hace medio siglo cuando llevamos a cabo la instalación de las bases de ataque en los mundos secundarios.

Esto quería decir, pensó Caronte, que los mits se estaban procreando a marchas forzadas, al mismo tiempo que debían tener sus factorías trabajando a tope, fabricando armas y naves por miles. Se limitó a asentir. ¿Qué podía decir?

Uwlan se asomó a la terraza y miró la ciudad que cubría todo el horizonte. Sin volverse, dijo:

—Cuando hayamos terminado las nuevas cunas en los mundos recién colonizados, estaremos en disposición de reemprender el ataque. Será pronto, no lo dudes. Y esta vez no nos dejaremos sorprender.

En un principio Caronte no comprendió las palabras de Uwlan, pero días después sabría lo que había querido decir.

El plan de Mit era terriblemente sencillo.

Quizá debían intuir que los humanos sabían la situación de sus mundos primarios, o tarde o temprano acabarían descubriéndolos.

Por lo tanto, desde hacía más de una década, apenas debió acabar la guerra, buscaron otro sistema solar donde estaban instalándose, con la idea de convertirlo en reserva. Eran previsores. Si perdían lo que sólo considerarían como una batalla, se refugiarían en los planetas que colonizaban y de nuevo esperarían otro ciclo para atacar otra vez.

Caronte se sintió consternado. ¿Acaso la Humanidad jamás se vería libre de la amenaza que constituía aquella raza guerrera, terca e incomprensible?

Estuvo varios días sin ver a su hermano-padre y los utilizó para recorrer la ciudad, visitar sobre todo la gran biblioteca. Allí había millones de registros y necesitó muchas horas nada más que para hacerse un plan de estudio.

Una noche, Uwlan le llevó a una reunión social. Había muchos militares, pero quizás estaban advertidos por su hermano-padre y no le molestaron con preguntas acerca de su aventura. Caronte se lo agradeció mentalmente.

Los mits comían con gran apetito y bebían grandes cantidades de un licor fuerte y áspero. Caronte tuvo que hacer grandes esfuerzos para no dejar de imitarles.

Después de la pantagruélica cena, Uwlan se lo llevó a un rincón. Acomodados en sendos sillones y con un gran vaso de aquel licor que aturdía a Caronte, parecieron descansar un poco para ayudar a hacer la digestión.

—Quiero hablarte del prisionero humano, Uwlan —dijo Caronte distraídamente, mirando su vaso que no quería beber mientras pudiera evitarlo.

—Quizá debiste haberlo traído contigo.

—No sabía cómo podía mantenerlo con vida.

—Ellos no son capaces de matarse cuando caen prisioneros. No son valientes como nosotros.

—Lo sé. Pero no podía tenerlo en mi nave, sin nadie que me ayudase.

—Tienes razón. Había olvidado que te quedaste solo. ¿Qué quieres decirme?

—Cuando el humano se moría me dijo algo que me extrañó mucho. Habló de nuestra maldad, de que no comprendían nuestros motivos para combatirles. También se refirió a, según él, nuestra

terquedad para negarnos a discutir con ellos un armisticio que nos permitiera firmar una paz duradera. Alegaba que en la galaxia cabemos todos y…

Uwlan estrelló su vaso contra el suelo, con violencia. Caronte se estremeció al verlo tan alterado. ¿Había arriesgado su vida por querer saber en aquel momento lo que le estaba costando averiguar por sí solo? Se arrepintió enseguida de sus palabras y miró de reojo, preocupado, cómo algunos mits se habían vuelto para verles al escuchar el estrépito de los cristales rotos.

—Supongo que le ayudaste a morir antes apenas le escuchaste proferir tales blasfemias, ¿no? —preguntó Uwlan con sus garras crispadas.

—Le dejé sufrir algunas horas más —respondió.

—Hiciste bien. Ese humano se burlaba de ti.

—¿Estando a punto de morir?

—Tal vez no lo intentaba. Es posible que su mente, estuviera condicionada. A veces pienso que, después de tanto tiempo, sus jefes les ocultan la verdad de lo que nos ocurrió.

Caronte observó, lleno de alivió, que los demás dejaban de prestarle atención.

Un criado acudió a limpiar el destrozo y otro puso en las garras de Uwlan una nueva copa.

Había comprendido que no debía tocar el tema.

La fiesta acabó pronto, y cuando estuvo de nuevo en la vivienda se sintió más seguro. Su hermano—padre dormía en otra habitación la borrachera y desde su dormitorio podía escuchar sus gruñidos, que tal vez fuesen ronquidos placenteros para los oídos de un mit.

Al día siguiente, otra vez en la biblioteca pública, se lanzó desesperadamente sobre las grabaciones de historia. Solicitó docenas de cilindros y se situó en una mesa apartada de todos y encendió la pantalla.

Horas después, sus ojos estaban cansados de descifrar los caracteres mits y su mente enfurecida porque hasta el momento no había encontrado nada, ningún dato esclarecedor.

De la última guerra perdida, batalla para el chauvinismo mit, existían abundantes informes. Por supuesto, totalmente parciales. La pérdida del conjunto de mundos secundarios se achacaba a un desafortunado incidente. Curiosamente se silenciaban las cuantiosas

bajas, tanto de seres como materiales.

Del desquite o continuación de la guerra, según se quisiera interpretar, se hacían muchas referencias. En otros informes se alentaba a la población a trabajar arduamente para disponer en pocos años de nuevas generaciones de guerreros, y a los obreros e ingenieros a apresurar la fabricación de naves de combate.

Para Mit aquel estado de no beligerancia era sólo una tregua que debía dar paso a un contraataque feroz y definitivo, en el que las odiadas hordas humanas serían aniquiladas de la galaxia.

Caronte se quedó pensativo, sin decidirse a elegir un nuevo cilindro entre los varios que sostenían sus manos.

El grado de procreación entre los mits era ligeramente mayor que en los humanos, pero nada sencillo. Un mit no podía ovular cuando quería. Requería una cierta tranquilidad. Por lo tanto, cuando se hallaba sumido en un estado de excitación, como por ejemplo en la guerra o en un trabajo en una factoría, le resultaba totalmente imposible forzar su propia naturaleza.

Llegó a la conclusión de que aquella raza no era tan poderosa y temible como se presumía en la Superioridad. Por supuesto que los mits eran prácticamente incansables y jamás caían en el desaliento, situaciones muy comunes en los humanos. Eran valientes y podían ser calificados de suicidas.

Un enemigo difícil, en definitiva.

¿Por qué no aceptaban una paz con los humanos?

Si se limitaban a una procreación natural tardarían muchísimo tiempo en repoblar los mundos primarios, y necesitarían siglos para llenar los planetas que debían estar en alguna parte de la galaxia y que ahora estaban acondicionando para convertirlos en sus nuevas bases de operaciones o como reserva, medida de precaución que preveían para la posible derrota que pudieran cosechar en un futuro.

¿Qué había querido decirle Uwlan-Dagor en la fiesta?

Aparentemente, los mits tenían un motivo para odiar a los humanos. ¿Cuál podía ser? Ellos aparecieron hacía más de treinta años y atacaron sin causa que justificara su hostilidad.

Caronte conocía que, a raíz de los primeros enfrentamientos, la Superioridad envió parlamentarios. Ninguno volvió vivo.

Absurdamente, los mits se negaban a parlamentar.

—¿No se decide, joven oficial? —escuchó una voz a sus espaldas.

Caronte volvió la mirada y contempló a un anciano mit. Cuando uno de aquellos seres alcanzaba una edad avanzada, más de dos siglos para ellos, ya que eran muy longevos, su piel dura y oscura se tornaba blanquecina y las arrugas se hacían más pronunciadas.

La dureza y fiereza características en los mits no resultaban muy pronunciada en quien le había hablado.

—Oh, discúlpeme —pidió el desconocido—. No había visto su emblema de la noble Cuna de Gor. No debí dirigirme a usted tan inadecuadamente.

—No tiene por qué disculparse, anciano —respondió Caronte. Dejó los cilindros sobre la mesa y dijo con desaliento—: En realidad pensaba en marcharme. Me temo que jamás encontraré lo que busco.

—Permítame que me presente. Soy Yztam Yan, de la Cuna de Lar. Desde hace un rato le vengó observando y siempre le veo fruncir el ceño cuando saca un cilindro del lector. ¿Qué busca con tanto ahínco?

Caronte estuvo tentado de levantarse, decir una disculpa y marcharse. Sin embargo hizo todo lo contrario que su sentido común le estaba clamando. Invitó al anciano a sentarse a su lado y dijo:

—Lo que no registra la historia. Me llamo Jaun Dagor y soy de la Cuna de…

—De Gor —le interrumpió Yztam—. Lo sé. He oído hablar de usted, de su proeza. En la universidad se comenta mucho su regreso y los informes que ha traído. También sé que llegó enfermo.

—Mi memoria…

—Lo superará.

—Pero me encuentro en franca inferioridad. Existen muchas lagunas en mi mente y siento vergüenza por ellos. Cuando hablo con alguien titubeo porque he olvidado muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

Caronte aspiró hondo. ¿Merecía la pena alarmar a aquel viejo de apariencia amable con una pregunta que pugnaba por salir de sus labios?

—Nuestras razones. Los motivos por los que combatimos a los

humanos. Sé que debo odiarlos pero no recuerdo por qué.

Tuvo que soportar durante un momento los ojos viejos pero inquisidores del viejo.

—Creo que deberíamos salir de aquí. Una biblioteca pública puede resultar un lugar tan nefasto como una universidad anquilosada en el pasado.

—¿Por qué?

—Oh, aquí vienen oídos muy castos y conservadores. Si alguien nos oyera hablar se asustaría tanto que no dudaría en denunciarnos. —Yztam emitió un gorjeo, parodia de risa humana—. Ya he pasado por esto una vez y no quisiera volver a la situación penosa que viví cuando fui expulsado de la universidad.

Se levantó y preguntó:

—¿Quiere acompañarme a mi humilde vivienda, joven? Allí conversaríamos tranquilamente. También compartiríamos una botella de buen licor.

La perspectiva de beber el licor local, horrible y fuerte, no entusiasmó a Caronte, pero la curiosidad le impulsó a levantarse y seguir los pasos cansados del anciano mit.

13

La sociedad Mit le parecía a Caronte cruel a veces, despiadada con sus miembros más indefensos.

Yztam Yan vivía en una casa muy pequeña situada en los arrabales menos privilegiados de la gran ciudad. Sin embargo, su interior estaba pulcro y todo muy ordenado. Las paredes aparecían repletas de colecciones de registros.

Una vez sentados junto a una mesa en la que el anciano había colocado una botella de licor y varios vasos, Caronte preguntó:

—¿Va a hablarme de lo que mi mente ha olvidado?

—Estoy capacitado para revelarle cuanto quiera saber, oficial Jaun —replicó el viejo mientras llenaba cuidadosamente una copa.

Caronte parpadeó. Yztam le había hablado de forma extraña. ¿No debió haber dicho que iba a refrescarle la memoria? Sin embargo había usado la palabra revelarle.

Miró con los músculos tensos como el viejo no llenaba una segunda copa para él. La primera se la llevó hasta sus fauces y la vació de un solo trago. Luego le miró por encima del cristal.

—No soy tan descortés como para no invitarle —dijo.

Caronte no supo qué responder. Permaneció quieto y callado.

—Los humanos no deben saber apreciar nuestra bebida. Además, les resultaría horrible —añadió Yztam.

Caronte hubiera bebido, de buena, una copa del brebaje. Necesitaba algo fuerte para reaccionar, pensó. Si el viejo había querido sorprenderle debía felicitarle porque lo había conseguido totalmente.

—¿Desde cuándo lo sabe? —preguntó, y pensando si debía matar a Yztam enseguida o esperar alguna explicación.

Su mente aturdida se imaginaba la casa rodeada por un fuerte contingente de la policía mit.

—Tenía sospechas desde que supe de su llegada. Cuando le vi

frecuentar la biblioteca empecé a observarle de lejos. Confieso que estuve a punto de denunciarlo.

—Evidentemente no lo hizo. ¿Lo ha hecho hoy, antes de invitarme a esta encerrona?

—No, de ninguna manera. Decidí no hacerlo cuando averigüé que usted está vigilado.

Caronte reconoció:

—No me he dado cuenta.

—Es natural. La policía es muy competente, a pesar de que no tiene mucha experiencia en perseguir espías humanos. No se preocupe. Nadie nos ha seguido. ¿No se extrañó de que usáramos tantos medios de transporte para llegar hasta aquí? Sé cómo engañarlos. Por experiencia. Hace años tuve que hacer lo mismo.

—Sin embargo, ahora goza de libertad.

—Moriré pronto. Las tradiciones mits son benevolentes con los ancianos, sobre todo cuando llegan a mi edad. No es frecuente sobrepasar los dos siglos de existencia. Se conformaron con apartarme de mis alumnos, pasarme una pensión y esperar que me llegue el fin.

—Debería alegrarme de que no me haya denunciado, pero su actitud no es muy patriótica.

—Pienso que sí lo es. ¿Sabe por qué me expulsaron? No, claro. ¿Cómo puede usted saberlo? —Rió Yztam—. El verdadero Jaun tal vez lo sabría, pero no un humano.

—¿Por qué le persiguieron?

—Ocurrió hace treinta años, apenas nuestros exploradores volvieron con la noticia de que habían encontrado asentamientos humanos. Todo el mundo clamó por la guerra, la venganza. Yo, en cambio, solicité calma y propuse no atacar sin antes hacer indagaciones.

—Es usted el único mit sensato que he visto. Lamentaré tener que matarle.

—¿Por qué iba a matarme?

—Me conoce.

—No sea imbécil, humano. Puede marcharse cuando quiera. Ya le he dicho que los demás sospechan de usted. Le dejarán hacer mientras no intente enviar mensajes a los suyos o pretenda fugarse cargado de informes. Cuando usted cometa un desliz o se cansen, le

harán pedazos para sacarle cuantos datos lleve dentro de su cabeza. De hecho, están tan entusiasmados con tener un espía que no se atreven a acabar este juego que usted les ha brindado.

Caronte, desanimado, lanzó un suspiro totalmente humano.

—Bien, se acabó el asunto. Siempre temí acabar siendo descubierto. Lo lamento. Ya empezaba a tener confianza en mi disfraz y…

—Oh, su disfraz es asombrosamente bueno. Tiene que decirme cómo lo ha conseguido.

Caronte se lo explicó. ¿Para qué negarle nada? Si cuando saliera de allí su juego habría terminado, sería lo primero que querrían y a él no le importaba confesarlo.

—Sabemos demasiado poco de los humanos -dijo Yztam. —Durante la guerra se intentó enviar espías a los dominios humanos, pero nuestros científicos no encontraban la forma de transformar un mit en un humano. ¿Podría hacerme una demostración ahora?

El hombre contuvo sus ganas de reír. No consideraba la situación para exhibiciones circenses, pensó.

—Prefiero no hacerlo. Llevo demasiado tiempo con este aspecto y me costaría mucho volver a recuperarlo.

El viejo mostró su desilusión.

—Está bien —dijo—. ¿Para qué le han enviado?

Caronte pensó en la posibilidad de que Yztam fuera un colaborador que la policía había puesto en su camino para sacarle la verdad sin necesidad de torturarle o someterle a un proceso científico que le hiciera cantar de plano. La rechazó pese a que con ello menospreciaba a los mits, a su capacidad de maquiavelismo.

—La Superioridad quiere la paz, a pesar de que sabe dónde están estos mundos.

—No es una ventaja definitiva. Mit conoce la situación de todos los mundos humanos.

—Pero nosotros somos más fuertes. Sólo su defensa energética impide un ataque… y también la posibilidad de que la guerra sea evitada.

—Eso me temo que es imposible —suspiró el anciano.

—Cuéntame a qué se debe el odio de Mit contra la Humanidad.

—Se lo diré, no tema. Antes quiero que me diga si existe alguna garantía de que la Superioridad respetase una paz.

—Creo que sí. A la Superioridad no le interesa una guerra. Creo que se conformaría con una promesa firme por parte de ustedes de que jamás abandonarían este sector y retirarían sus avanzadillas en esos otros mundos que están acondicionando como reserva, para convertirlos en refugio si perdieran la próxima confrontación.

—Sería difícil de conseguir eso de los gobernantes mits, humano. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Caronte.

—¿Significa algo además de su nombre?

—Sí. Procede de un tipo que existió en la mitología de la Tierra. Se dedicaba, creo, a pasear a la gente por una laguna antes de llevarlos al infierno.

Tuvo que explicar a Yztam lo que para los humanos significó el infierno en el aspecto religioso durante el período oscuro de la Humanidad.

—Nosotros también tenemos nuestras absurdas creencias religiosas, hábilmente mantenidas por nuestros gobernantes.

—Usted no parece un mit —rió. Caronte.

—Usted sí lo parece, pero no lo es.

—¿Qué se propone?

—Si ha sido sincero conmigo y es portador de deseos de buena voluntad por parte de la Superioridad, me gustaría que pudiera escapar de Yhandai.

—Ahora que sé que estoy vigilado pienso que me será difícil.

—Tenga cautela. Yo puedo darle algunos buenos consejos que confundirán a sus vigilantes.

—¿Uwlan-Dagor también sospecha que soy un impostor?

—Claro que sí. Es el más interesado en que llegue el momento en que pueda ponerle sus garras encima. Sólo espera la autorización de sus superiores.

—Me pregunto en qué me equivoqué.

—Hallaría muchas respuestas. Tuvo muchos errores.

—Debí imaginarme que esto no hubiera dado resultado.

—Habría tenido éxito si hubiera elegido otra personalidad menos importante que la de Jaun Dagor. ¿Sabía que era un héroe en Mit?

—En absoluto. No teníamos dónde elegir. Sus prisioneros se mataban y luego desaparecían.

—Cada combatiente mit lleva un dispositivo de autodestrucción en su cabeza. Quizá capturaron entero a Jaun porque falló su sistema de suicidio. Pero deje esto. Ya no vale la pena lamentarse.

—Tiene razón. Dígame el secreto del odio de Mit.

—Es sencillo explicarlo. Le redactaré un informe que le entregaré dentro de dos días. ¿Conoce la plaza central de la ciudad? No está muy lejos de la biblioteca.

—Creo que sí.

—Entonces uno de mis ayudantes le entregará allí, al mediodía, lo que usted quiere. Diga a sus jefes que en Mit existe un pequeño grupo que desea la paz y no cree que ustedes, los humanos de ahora, deban cargar con las culpas.

—¿Qué culpas?

Yztam se levantó.

—Ahora debe marcharse. Pronto anochecerá y levantaría sospechas si Uwlan no le viera en su casa, por otra parte estrechamente vigilada. Tenga cuidado. Estas horas que ha permanecido incontrolado pondrán nerviosos a sus vigilantes.

El viejo le acompañó hasta la salida. Desde la puerta escrutó los alrededores. Dijo:

—No hay peligro. Los despistamos al venir aquí. Alquile un vehículo y despídalo a cierta distancia de su hogar. No olvide nuestra cita.

—¿Qué pretende usted, Yztam?

—Además de mis deseos de ver vivir en paz a mi pueblo, pretendo que mi nombre sea rehabilitado. Ah, mi ayudante se llama Yamuz y es joven.

—¿Ese Yamuz sabrá quién soy en realidad?

—Es de mi absoluta confianza. Yamuz es uno de los pocos de mi grupo que saben que Jaun Dagor, el héroe, es un espía humano. De hecho le ha estado siguiendo estos días y fue quien me dijo que usted visitaba la biblioteca.

—¿Qué iba a decirme que pueda servirme para escapar?

—Convenza a Uwlan para que le lleve a la base experimental de la milicia situada en el polo sur. Le mostrará muchas naves, pero sólo una de cada cien la mantiene capacitada para volar con independencia. Tome una y que sus dioses, si los tiene y confía en ellos, le ayuden. No puedo hacer más.

—¿Cómo podría encontrar una útil entre cien?

—El símbolo Pi al final de su numeración. Las matemáticas no pueden cambiar en ninguna cultura. Me temo que será su última posibilidad.

—Lo intentaré apenas su ayudante me entregue el informe.

—Ojalá en la Superioridad sirva para algo conocer el motivo del odio de Mit hacia los humanos.

—Eso espero.

Caronte estrechó la garra de Yztam y se marchó convencido de que no volvería a ver al viejo. Ojalá fuera así, decidió mientras en medio de la calle intentaba localizar un vehículo de alquiler.

No tuvo problemas para regresar a su vivienda. Allí le esperaba Uwlan. Ahora que Caronte sabía que su suplantación era conocida por el militar, creyó descubrirle una mirada recelosa en sus ojos encogidos.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

—Paseando. He pensado mucho esta tarde.

—Quizá deberías someterte a una nueva revisión médica. Te noto algo desmejorado.

Caronte se sentó junto a la ventana y simuló contemplar la puesta del sol.

—Y seguiré empeorando si permanezco inactivo.

—¿Qué quieres decir?

—Que esta vida me agota. Quiero volver a mi puesto de combate o dedicarme a un trabajo productivo.

Uwlan anduvo por la estancia, con las manos en las espaldas. Se detuvo y contempló a Caronte un largo rato.

—Quizá tengas razón. No es bueno para un joven como tú estar tanto tiempo sin ser de provecho para la raza —dijo suavemente.

Caronte intuyó una futura encerrona en las siguientes palabras de su hermano-padre. Esperó en silencio.

—Deberías probarte tú mismo, querido Jaun. Por ejemplo, intentando tener descendencia. Ya es tiempo que ofrezcas nuevos guerreros a Mit. ¿Te consideras lo bastante sereno para ello?

—Creo que sí. Pero eso me apartaría varios meses del servicio activo.

—Oh, sólo dos meses. El resto de la incubación sería confiada a los centros civiles. Sólo quiero que me des una prueba de tu

próxima descendencia y pediré a mis superiores que te pongan al mando de tu escuadrilla.

Caronte asintió. Sin duda Uwlan estaba jugando con él. Le ponía un límite de dos meses o menos para que su juego terminase. Después de este plazo le esperaban los interrogatorios y las torturas.

—Haré lo que me pides, Uwlan-Dagor. La Cuna de Gor verá incrementada su prole.

Uwlan le hizo una reverencia, para Caronte cargada de burla.

—De hecho —dijo sonriendo— me parece que ya estoy en pleno proceso fértil, querido Uwlan.

—Esto es magnífico —rió el mit—. ¿Quieres que los médicos lo corroboren?

—Dentro de una semana sería posible. Mientras tanto quisiera visitar alguna base y conocer los adelantos efectuados en las naves de combate durante mi ausencia. ¿Sería posible?

Uwlan asintió:

—Por supuesto. Te llevaré mañana. Cuando volvamos te someterás a los análisis para comprobar si estás en lo cierto y cuántos nuevos mits aportarás en breve a la Cuna de Gor.

—Creo que sería más cómodo partir dentro de tres días.

—No. Será pasado mañana.

Caronte recordó su cita con el ayudante de Yztam.

—Al anochecer —concluyó Uwlan.

El espía no dijo más. Quizá tuviese tiempo de recibir los informes de Yamuz.

14

Dos días después, en la plaza central, Caronte deambulaba nervioso entre la multitud, vigilando a su alrededor.

Disponía de pocas horas para regresar a la vivienda, en donde Uwlan le recogería para efectuar el largo viaje hasta la base estelar situada en el polo sur del planeta.

El tiempo se había vuelto desapacible y el cielo estaba cubierto de nubes oscuras que presagiaban una inminente tormenta.

A veces veía pasar patrullas de la policía. Quizá se debía a sus nervios, pero temía que estuvieran allí por alguna causa, presumiblemente para vigilarle.

Anduvo hasta el otro extremo de la enorme plaza e intentó distraerse curioseando entre los tenderetes repletos de mercancías. El bullicio enorme era su mejor aliado, la gran cantidad de mits jóvenes que aquel día festivo parecían haber tomado el amplio recinto para inundarlo con su escandaloso comportamiento.

Regresó otra vez a su lugar de espera y echó muchísimo de menos un cigarrillo. Pasó media hora y ya estaba pensando que Yamuz no iba a acudir a la cierta y consideraba firmemente la posibilidad de marcharse, cuando sintió que una garra le rozaba su túnica y una voz queda le decía:

—Sígame, Jaun Dagor.

Se volvió y vio el revoloteo de una capa. Su dueño caminaba presurosamente hacia los arcos que rodeaban un gran edificio. Debajo de ellos se detuvo y le esperó.

Cuando Caronte le alcanzó, preguntó:

—¿Eres Yamuz?

La cara joven del mit se alzó para mirarle. Durante un instante estuvieron escrutándole los ojos nerviosos de quien suponía era el ayudante de Yztam.

—Sí, yo soy.

—¿Por qué has tardado tanto? Estaba a punto de irme.

Yamuz miró a todas partes, nervioso.

—Hace unas horas han detenido a mi maestro Yztam Yan, poco después de que me diera esto para usted…, humano.

Le tendió un papel doblado. Caronte lo tomó, y estaba a punto de abrirlo para leerlo cuando la garra del joven el mit le contuvo.

—Ahora no —le pidió con firmeza—. Lea su contenido cuando esté solo y lejos de aquí. Luego destrúyalo. El maestro ha usado la escritura antigua porque los cilindros son más difíciles de destruir.

—¿Qué le ocurrirá a Yztam? —preguntó Caronte.

—No lo sé. Todo nuestro grupo corre peligro. Podemos morir por su causa, humano. Sería lamentable que usted sea un fraude y no consiga la paz que hemos preconizado. Sus dioses le escupirán si ha mentido al maestro.

—¿No estás de acuerdo con lo que él ha hecho?

—No del todo.

—Pero crees que es posible evitar una nueva guerra.

—Los humanos nos hicieron mucho daño, pero también pienso que no fueron los humanos de ahora. Váyase. ¿No se ha dado cuenta de que hay demasiados policías en los alrededores?

Caronte asintió. De soslayo vio que una patrulla se acercaba hacia ellos.

—Vienen a por mí —exclamó Yamuz. De su capa surgió una garra que empuñaba una pistola—. No me cogerán vivo. ¡Lárguese ya, humano!

Caronte titubeó. No sabía la dirección que debía tomar. Yamuz le indicó una puerta a sus espaldas.

—Cruce los pasillos y saldrá al otro lado del edificio. Si se da prisa podrá tomar un vehículo, antes de que lo rodeen todo.

Quiso despedirse del joven mit, decirle unas palabras. ¿Pero cuáles? ¿De agradecimiento o llenas de promesas que sabía no podía cumplir? Echó a correr hacia la galería abierta. Había comercios allí y poca gente. Cuando ya estaba dentro se volvió y miró. La patrulla corría hacia Yamuz.

El ayudante de Yztam no podía escapar por ninguna parte, excepto por el mismo camino que le había indicado a Caronte. No quiso poner en peligro su seguridad y se enfrentó a los policías.

Caronte no se detuvo hasta que estuvo en el otro extremo de la

galería. Desde allí volvió a mirar. El joven Yamuz disparaba y los parroquianos gritaban alarmados y trataban de ponerse a salvo.

Creyó ver caer a Yamuz, cuando abordaba un vehículo y gritaba al conductor una dirección.

Se alejó del sector de la plaza central y pocos minutos después pidió al conductor que se detuviera. Pagó y eligió otro vehículo, dando la dirección de su vivienda.

Durante el viaje desplegó el papel y leyó su contenido. Memorizó cada palabra y luego lo destruyó, rompiéndolo en trozos muy pequeños que fue arrojando por un resquicio de la ventanilla.

Llegó a la vivienda muy avanzada la tarde.

Caronte sintió su garganta muy reseca cuando descubrió que Uwlan le estaba aguardando, acompañado de dos sirvientes que portaban varias maletas. Al otro lado de la casa les esperaba un deslizador militar con los motores en marcha.

—Vamos —dijo Uwlan secamente—. Es tarde.

—Creí que no partiríamos hasta el anochecer y decidí dar un paseo cerca —se excusó Caronte.

—He decidido salir antes. Sube.

Cuando lo hizo, Caronte seguía pensando en Yztam y el joven Yamuz. Comprendió que si tenía éxito y conseguía huir de Yhandai se iría sin haber comprendido aquella extraña raza, a sus singulares miembros. Tal vez la mayoría podía estar compuesta por fanáticos, pero existían unas pocas personas que pensaban de forma diferente. Sonrió. Quizá los mits, pese a todo, se parecían demasiado a los humanos. ¿O eran los humanos quienes se asemejaban a los mits?

Durante las horas que duró el vuelo hasta el sur, Uwlan se mostró poco comunicativo. La mayor parte del tiempo estuvo en la cabina del piloto. Cuando regresaba junto a Caronte se limitaba a hacer algún comentario superficial y luego se envolvía en un manto de abstracción.

En cierta ocasión le llamó el piloto y Caronte llegó a oír algo respecto a un comunicado urgente.

Caronte dormitaba cuando escuchó que Uwlan ocupaba su asiento junto al de él y le decía:

—Ha habido tumultos esta mañana en la ciudad.

—Creí que eso no ocurría nunca.

—Un loco ha matado a varios policías en la plaza central.

—¡Inaudito! —exclamó Caronte.

—Ha sido una lástima que no pudieran cogerle vivo, ni siquiera lo bastante ileso como para identificarle. Lo asaron a tiros.

Caronte lo sintió por Yamuz pero se alegró de que los policías le hubieran desfigurado el rostro. Esta circunstancia podía darle unas horas más de seguridad. Si no relacionaban a Yamuz con Yztam todavía le quedaban posibilidades de huir.

15

La base en el sur, en medio de los eternos hielos, sorprendió a Caronte. Sabía que allí existían también importantes factorías enclavadas en el subsuelo. En el exterior se alineaban cientos de naves con aspecto de arácnidos y parecidas a la que él había usado para llegar hasta Mhandai.

—Son magníficas —comentó al contemplarlas—. Estoy ansioso por verlas por dentro.

—Será mañana. Ahora debemos descansar. Un ordenanza te conducirá a tu dormitorio. Te iré a buscar a primera hora.

Caronte vio que Uwlan se alejaba de él y se reunía con un grupo de altos militares. Mientras era conducido por un silencioso mit hasta un bloque de viviendas, se dijo que no existía la menor duda de que Yztam le había dicho la verdad: Uwlan y los líderes de Mit conocían su verdadera identidad.

Por el momento persistían en el juego, pero intuía que los sucesos de la ciudad y la detención de Yztam iban a acortar los plazos. Pronto le exigirían que se librase de su máscara.

Durmió muy mal aquella noche y ya estaba despierto cuando Uwlan acudió en su busca al amanecer.

—¿Dispuesto? —le preguntó el mit desde la puerta.

—Sí, desde luego. —Caronte terminó de ponerse la capa que le defendería del frío y salió al pasillo—. ¿Por qué no me presentaste anoche a los jefes de la base?

Quería hacerle esta pregunta y saber cuál sería la mentira que usaría para responderle.

Pensaba Caronte que lo lógico era que los líderes de la base estuvieran ansiosos por conocer a Jaun Dagor, el antiguo héroe que había regresado al hogar después de diez años de permanecer perdido en el espacio.

—Ellos te verán pronto —respondió Uwlan—. Quieren hablar

contigo, sin duda. Lo harán cuando nos reunamos todos para comer.

—Magnífico —dijo Caronte, pero pensando todo lo contrario.

Salieron al exterior. Un pequeño deslizador les esperaba. No tenía conductor y Uwlan se colocó ante los mandos. Los primeros navíos estaban cerca, filas interminables de ellos. Caronte se dedicó a leer sus números de identificación. Empezó a sudar a pesar del frío reinante. Allí debía haber más de ocho centenares, y de éstos sólo ocho unidades estarían capacitados para permitirle huir.

—A simple vista podrás ver que los modelos han tenido modificaciones importantes en estos últimos años. Poseen más campo de acción y mayor potencia de ataque. Además, disponemos de naves nodriza capaces de transportar cada una dos centenares de cazas. Y todavía pensamos perfeccionar todo en poco tiempo.

Las explicaciones de Uwlan sonaron a los oídos de Caronte llenas de malos presagios. Ni siquiera podía considerarlas como auténticas. El mit le diría cuanto se le antojase, le llenaría la mente de datos falsos. Seguía el juego.

—Vamos a ver un navío por dentro —dijo Uwlan—. Comprobarás que la diferencia con el tuyo es notable.

Iba a poner en marcha el deslizador cuando del edificio más próximo salió corriendo un oficial, gritando el nombre del militar.

Llegó jadeando hasta ellos y dijo:

—Excelencia, el jefe de la base le pide que vaya a verle.

Uwlan arrugó el gesto.

—¿No puede esperar hasta la hora de la comida? Ya le dije que tendríamos una sobremesa muy interesante.

—Se ha recibido un comunicado muy importante de la ciudad, excelencia —suplicó el oficial mirando desconfiado a Caronte.

Caronte comprendió que el oficial no quería ser más explícito en su presencia. Se dijo que el plazo estaba finalizando. Seguramente Yztam había hablado más de la cuenta, a base de golpes, hipnotismo o drogas.

De mala gana, Uwlan bajó del deslizador.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Caronte.

La respuesta de Uwlan fue negativa. Era lo que deseaba. Lo vio alejarse seguido del oficial, y apenas entró en el edificio, puso en marcha el deslizador y a poca velocidad lo dirigió hacia las filas de navíos.

En cualquier momento podía oír tiros a sus espaldas y él sería el blanco. Uwlan no tardaría mucho en escuchar el mensaje.

Había desechado más de veinte naves cuando encontró una numeración terminada en Pi.

Saltó del deslizador en marcha y corrió por la rampa del ascensor.

Lejos había unos soldados que empezaron a mirarle con extrañeza.

Cuando los mits estaban descolgando sus armas, Caronte ya estaba dentro y cerraba la compuerta. Mientras corría por el pasillo escuchó el ruido sordo que producían los disparos al estrellarse inofensivamente contra el poderoso fuselaje.

Alcanzó el puente de mando y se precipitó al asiento del piloto. Estudió el panel. No se diferenciaba en mucho al que había estudiado en Ofidia. Ahora sólo tenía que confiar en que la nave estuviera en condiciones de vuelo.

Por una de las pantallas observó que de todas partes de la base acudían vehículos armados y pelotones de soldados. Vio salir del edificio a su hermano-padre.

Caronte soltó las palancas de la energía y exclamó:

—Adiós, querido pariente. Vete al infierno.

Hizo caso omiso a las llamadas amenazadoras para que se entregara.

Se ocupó exclusivamente de las maniobras de despegue. Cuando estuvo fuera de la atmósfera del planeta se permitió prestar atención a los denuestos de Uwlan.

—No conseguirás escapar, humano —le dijo después de una sarta de insultos.

Caronte sonrió. Pensó que Uwlan se encontraba muy triste después de haber perdido su juguete favorito.

—Oh, sí, querido hermano-padre —replicó—. Saludos a mis familiares. Lamento no haber podido colaborar nada en el incremento del número de guerreros mits.

—Todavía tienes una posibilidad de salvar la vida. Si te entregas puedo prometerte que te dejaremos ir una vez que nos hayas dicho cómo has logrado ese disfraz tan perfecto de mit.

Caronte intuyó que los líderes mits debían estar muy alarmados ante la posibilidad de verse inundados de espías. Decidió burlarse

de Uwlan y le respondió:

—Es muy fácil para los humanos, de veras. ¿Ha pensado tu pequeño cerebro en la posibilidad de que haya más espías?

—Te mataría con mis garras.

—Lo sé. Escucha, Uwlan-Dagor de la Cuna de Gor. Tal vez acabes alegrándote porque yo me haya escapado. Si la fortuna me acompaña, puedo poner mi grano de arena para que jamás vuelvan a guerrear los mits contra los humanos.

—Estás loco…

—Tú y todos cuantos queréis la guerra sí lo estáis de verdad. Escucha a Yztam Yan de Lar.

—¿A ese traidor que debimos haber matado hace tiempo?

—Es uno de los pocos mits cuerdos que he visto. Me contó el motivo de vuestro odio y pienso que no puede ser más pueril.

—¡Maldito humano, mil veces maldito tú y los tuyos!

Caronte suspiró. Sabía que no llevaría a nada seguir discutiendo con Uwlan. Cerró la comunicación.

Aumentó la velocidad de su nave. Necesitaba alejarse del sol para usar la impulsión superlumínica. Resultaba sorprendente que los mits utilizaran un sistema similar al de los humanos en sus naves, un método basado en el viejo Impulsor K.

Quizás algún día se logrará saber cómo la raza Mit lo había descubierto… o recibido de alguna otra civilización.

Había atravesado casi todo el sistema planetario cuando le salieron al paso interceptores mits.

Caronte no quería luchar; sólo escapar con vida y dar de una vez el informe a lord de Vahil, recuperar a Yarmina y marcharse cuanto antes del planeta Ofidia, si era posible con los bolsillos bien repletos de créditos si Daroll era capaz de cumplir su promesa.

—¿Por qué no? —pensó sonriente.

Lo que sabía era muy importante. A Daroll le supondría muy poco algunos millones. Obtendría mucho más de la Superioridad si se presentaba en la Tierra con todo cuanto sabía Caronte.

Las naves mits intentaron detenerle, pero ya estaba la nave de Caronte a distancia prudencial para usar la impulsión superlumínica y la conectó.

Escapó de sus enemigos, esfumándose en el espacio, cruzando la barrera energética allí donde sabía que no era mortal. Sería

rectificada, pero demasiado tarde. Para entonces él estaría a salvo, viajando hacia Ofidia, a la cita concertada con lord de Vahil.

Caronte sonrió.

Era el momento de desprenderse de su horrible disfraz de humanoide.

Quería recuperar su apariencia humana. Lo deseó. Cerró los ojos.

Cuando los abrió se miró las manos.

Soltó un grito desgarrador.

16

Permaneció dos días completos orbitando Ofidia.

Transcurridos cuarenta y ocho horas, Caronte tomó la ruta del pasillo que sabía no estaba bajo la vigilancia de los patrulleros de la Superioridad.

Descendió en la noche, silente su nave, volando a velocidad mínima. Buscó en las sombras, y guiándose por las coordenadas previstas posó su nave de diseño arácnido cerca de una edificación solitaria en plena llanura.

A poca distancia se alzaba un bosque compuesto de árboles enormes y copas densas.

Caronte bufó cuando el frío aire nocturno descendió a través de su garganta mit y caminó hacia la casa. Había luz dentro. A pocos metros descubrió un deslizador unipersonal. Torció el gesto. Ni muy apretadas cabrían dos personas a bordo.

Empujó la puerta y se encendieron las luces del vestíbulo. Al fondo había una habitación que permaneció a oscuras, y detrás otra por la que se filtraba una luminosidad ambarina.

Procedente de la última, escuchó:

—Adelante, Caronte.

Reconoció inmediatamente la voz de lord de Vahil.

Había sido puntual. Después de que él hubiera emitido su mensaje al salir del hiperespacio y hallarse a mil millones de kilómetros de Ofidia, Daroll debió apresurarse, abandonar todas sus tareas y compromisos en la ciudad y escapar hacia la solitaria casa en la llanura.

Caronte confiaba en que estuviera solo.

Cruzó la habitación que permanecía sumida en la oscuridad e irrumpió en la alumbrada con reflejos de ámbar.

Allí estaba lord de Vahil, detrás de una mesa y de pie.

—Te felicito, Caronte. Has vuelto del infierno —dijo

solemnemente.

—A veces nunca se sabe dónde está el averno —replicó Caronte después de comprobar que no había nadie más que Daroll en la habitación.

—Tu presencia aquí indica que has tenido éxito en tu misión o… ¿Acaso sentiste miedo y has estado oculto durante todo el tiempo que ha durado tu ausencia?

—He estado en los mundos mits, exactamente en uno llamado Yhandai. Varios días. Un pariente de Jaun Dagor me aceptó inicialmente, pero luego supe que conocían la suplantación y estaban jugando conmigo.

—Toma asiento ahí —pidió Daroll señalando un sillón amplio en donde Caronte podía acomodar su anatomía de humanoide.

Lord de Vahil permaneció tras la mesa, sin sentarse en el sillón que tenía a su lado. Caronte calculó la distancia que les separaba: unos tres metros. ¿Qué habría entre ellos que él no podía ver? Sin duda alguna especie de barrera protectora para el aristócrata de la Superioridad, pensó con amargura.

—Cuéntamelo todo —dijo Daroll.

Caronte hizo un somero relato de su aventura. Sólo ocultó su desagradable descubrimiento, cuando se percató una vez en el hiperespacio que su mente era incapaz de desembarazarle de su cubierta mit.

—Ahora dime cuál es el origen de su odio —pidió lord de Vahil nervioso.

—Antes debemos discutir algo.

—No hay nada que discutir, querido amigo Caronte. Ni siquiera tus honorarios, —Daroll enarcó una ceja—. ¿Estás preocupado por tu amiguita? Ella se encuentra sana y salva, libre.

—Estoy seguro que respecto a Yarmina ha cumplido su promesa. ¿Qué hicieron conmigo sus científicos, Daroll?

El otro estalló en carcajadas.

Caronte a duras penas logró controlarse para no saltar sobre él. Sus garras rasgaron el tapizado del sillón.

—No pienses mal, Caronte. Sólo fue una medida de precaución, de seguridad para ti. Era preciso que tu mente no te traicionase cuando estuvieras entre los mits y, sin quererlo tú, de pronto recobrases tu aspecto humano. Era una posibilidad que debíamos

neutralizar. ¿Comprendes?

—¿Qué usaron en mí?

—Unas drogas que anularon tu poder mental para modificar tu cuerpo. Es de efectos amplios. Naturalmente, existe un antídoto.

—Démelo.

—Calma. Antes quiero que me digas el secreto de Mit.

—¿No se fía de mí?

—Sí, claro. Sólo quiero que no me tiendas una trampa. Sigues odiándome.

—Tan cierto como mentira eran sus palabras cuando me dijo que sentía simpatía por mí.

—No pierdas el tiempo y habla. Ah, no intentes nada contra mí. Estoy aislado por un campo de fuerza. Te destruirías si lo tocases.

—La respuesta es terriblemente sencilla, señor. Los mits nos odian porque en los tiempos del Gran Imperio fueron casi exterminados. Los acorazados imperiales les descubrieron, y sin mediar una sola palabra procedieron a un plan de aniquilación. Los que escaparon fundaron los que ahora llaman mundos primarios.

—Es absurdo. Tienes razón, la respuesta a nuestras preguntas no puede ser más simple.

—¿Pedirá a la Superioridad que intente de nuevo formalizar una paz con ellos? Ahora las condiciones han cambiado. Mi estancia allí ha podido modificar sus intenciones y aceptar las propuestas pacificadoras.

—Dejemos este problema a los diplomáticos. ¿Por qué no? Si ellos nos garantizan que no saldrán de sus mundos primarios y de sus colonias actuales… Sí, es posible que la Superioridad acepte un tratado.

—Deme ahora el antídoto.

—Te olvidas de las pruebas. Sólo tengo tus palabras.

—No existen esas pruebas. Le he dicho que destruí el mensaje que me entregó el anciano Yztam Yan.

—En tal caso debo considerar el asunto zanjado. Informaré al Jerarca del resultado de tu misión, Caronte.

—El antídoto…

Lord de Vahil volvió a soltar una carcajada.

—No lo tengo conmigo.

—¿Dónde está?

—En la ciudad. ¿Te acuerdas del apartamento de Glory? Claro que tienes que acordarte. Te revolcaste con ella, cerdo.

—Usted me dijo que no le había importado.

—¿Qué sabes tú, maldito monstruo? ¡Tuve que reprimir mi rabia! Mis celos eran enloquecedores. Hubiera matado a Glory entonces, pero todavía puedo hacerlo. Desde aquella noche no he querido tocarla de nuevo. ¡Me asquea! Siento náuseas cuando pienso que tú la poseíste.

Caronte pensó que había llegado el momento de acabar la partida. Daroll estaba mostrando sus triunfos.

—¿Qué piensa hacer conmigo?

En las manos de Daroll apareció un arma enorme.

Explicó complacido:

—Desde donde estoy puedo atravesar el campo de energía que me protege. Te mataré. Haré una herida pequeña en tu asqueroso cuerpo de mit. Luego ordenaré a mis cirujanos que te embalsamen y te donaré a un museo.

—Aunque externamente sea un mit, por dentro seguiré como humano.

—Ellos te vaciarán. Sólo quedará tu piel dura. Lo demás será relleno. También había pensado someterte a una lobotomía y dejarte en una jaula, pero tarde o temprano alguien habría acabado descubriendo la verdad. ¿Te he dicho que si no tomas el antídoto dentro de unos días nada será capaz de devolverte tu aspecto humano? Era un seguro que tenía contra ti por si acaso te hubieras dado cuenta de lo que pasaba o quisieras chantajearme.

—Lo tenía todo muy bien pensado —admitió Caronte.

Vio que Daroll parpadeaba. ¿Se encontraba confundido porque él no se había alterado lo más mínimo ante la horrible suerte que le aguardaba?

—Eso es —asintió Daroll—. Te he quitado todo cuanto tenías. Incluso a Yarmina. A ella la convertiré en una prostituta androide. Luego que haya sido mía, naturalmente.

—Esto que ha dicho es un farol —rió Caronte.

El arma de Daroll bajó unos centímetros.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Yarmina está libre.

—Sí, es cierto. Pero sigue en Ofidia y ordenaré que sea detenida.

—Tendrá que explicar muchas cosas a sus superiores, como por ejemplo mi muerte. No se conformarán con que usted les diga que me ha convertido en una pieza de museo.

—Me creerán. Les diré que llegaste muy malherido y que lo mejor era aprovechar tu cuerpo.

—En tal caso…

Caronte se incorporó y anduvo dos pasos hacia la mesa tras la que se refugiaba Daroll.

Éste gritó:

—¡Quieto ahí, ni un paso más!

Pero Caronte siguió caminando y Daroll disparó su arma.

Caronte quedó cubierto por una nube blanquecina que después de unos segundos resbaló de su cuerpo.

—Yo también me he protegido con un escudo energético personal.

Lord de Vahil jadeó, escupió al suelo y dijo:

—Pero ha dejado de ser efectivo después del primer disparo. Sé cómo funcionan esos estúpidos escudos. Dispararé de nuevo y te haré un agujero en el corazón. Tu corazón humano sigue estando en el mismo sitio.

En la mano de Caronte apareció una pistola láser.

—¿Ha olvidado que después de perforar su defensa la ha dejado tan debilitada que no sería capaz de detener mi disparo? Le aconsejo que no vuelva a apretar el gatillo. Tendría tiempo de hacer yo lo mismo y ambos moriríamos a la vez.

Daroll palideció y miró a todas partes. En el lado de la habitación donde estaba no existía ninguna puerta. Las únicas que había estaban a la izquierda y a la derecha de Caronte. Una de ellas se abrió lentamente.

Daroll no se percató de nada. Sólo tenía ojos para vigilar a Caronte, a quien dijo:

—Tendrás que dejarme marchar.

—¿Por qué?

—Es cierto que conservo el antídoto en la caja de seguridad del apartamento de Glory. Tendrás que esperarme aquí y te lo traeré.

—¿Acaso me cree un estúpido? Usted no volvería.

Lord de Vahil soltó una risa nerviosa.

—Tendrás que confiar de nuevo en mí. Apártate. Voy a salir.

La puerta terminó de abrirse en aquel momento y dos mujeres entraron en la habitación. Daroll volvió la cabeza para mirarlas y de sus manos resbaló el arma, al tiempo que su cara expresaba estupefacción y su boca quedaba abierta.

—Hola, querido —dijo Glory caminando hacia el centro de la estancia. En su mano derecha llevaba una pequeña cápsula que entregó, sonriente, a Caronte.

Éste suspiró aliviado al cogerla en su garra. Con una uña de acero la rompió y bebió el contenido.

—Con un poco de agua le habría resultado menos amarga —sonrió de nuevo Glory—. Tenía razón, Caronte. También la tenía su amiga Yarmina. Ese rencoroso cerdo de Daroll tenía proyectado vengarse en mí.

Yarmina titubeó ante la forma mit de Caronte, y éste le dijo:

—Aguarda unos instantes a que consiga librarme de esta horrible máscara y podrás besarme, encanto.

Entregó a la muchacha su pistola y se sentó. Se sentía terriblemente cansado. En sus entrañas parecía arder el antídoto. Calculó que en pocos minutos su mente se hallaría totalmente liberada de los influjos de la droga.

Presenció con ojos nublados que Glory se acercaba a Daroll y le decía despectivamente:

—Debería aplastarte como al sapo que eres realmente. Me has estado engañando estos días, prometiéndome que cuando Caronte volviese de su misión todo volvería a ser para nosotros como siempre, que incluso te casarías conmigo y me convertirías en Lady de Vahil, ahora que has conseguido repudiar a tu esposa. Sólo aguardabas el momento de despellejarme.

Daroll no replicó. Estaba demasiado nervioso.

—¿Qué pensáis hacer conmigo? —logró preguntar cuando consiguió articular unas palabras, después de que Caronte acabase el proceso de transformación y ya, con su aspecto humano, consiguiera, haciendo un gran esfuerzo, levantarse del sillón.

—Algo, aunque sin duda mucho menos de lo que te mereces.

—En esta casa tengo dos millones de créditos. Son vuestros. Marchaos.

—Oh, lo que propones sería muy cómodo para ti. Tendrías el secreto de mit y una nave mit, por todo lo cual recibirías honores,

premios y ascensos —rió Yarmina.

—¿Cómo habéis conseguido venir aquí?

—Caronte nos avisó cuando orbitaba Ofidia. Permaneció allí dos días para darme tiempo a mí. Busqué el antídoto y luego localicé a Yarmina, como él me pidió. Las dos estábamos escondidas en el bosque aguardando la llegada de Caronte. Comprendí que tenías proyectado traicionarle cuando apareciste en un deslizador de una sola plaza. Por lo tanto, no pensabas volver a la ciudad con Caronte.

Caronte estrechó a Yarmina y añadió:

—Yo también pensé lo mismo viendo el pequeño deslizador. Creo que tú deberías viajar a la Tierra, Glory, y recibir los honores que no se merece Daroll. Dile al Jerarca que él te los confió antes de morir. ¿Lo escuchaste todo?

—Sí —asintió Glory—. Eres un encanto, Caronte. Debí sospechar que no podía ser Daroll quien me hizo el amor aquella noche.

Escucharon un suspiro resignado de Yarmina. Caronte tosió discretamente y dijo a Glory:

—Márchate —miró a Yarmina—. Tú espérame fuera, en el deslizador. ¿Está oculto en el bosque?

—Sí —replicó la chica. Miró a Daroll—. ¿Qué piensas hacer?

—Matarle.

—¿Sin darme una oportunidad? —Gritó Daroll—. ¡Asesino!

Cuando Caronte se quedó a solas con él, le señaló el arma que yacía a sus pies y le dijo:

—Puedes defenderte con ella. Te daré una oportunidad.

17

Cuando Caronte salió de la casa, la nave mit se elevaba rauda hacia el espacio. En pocos días, pensó, estaría en la Tierra. Glory no tendría ningún problema en hablar personalmente con el Jerarca, a quien le importaría muy poco la suerte de lord de Vahil, y sí mucho los informes acerca de los mits.

Caminó hasta el bosque. En un claro encontró a Yarmina. Le esperaba junto a un deslizador. Ella le sonrió, pero él notó que estaba respirando ahora con tranquilidad.

—¿Y Daroll?

—Siempre pensé que era muy lento con las armas.

—¿Sentiste algo especial al matarle?

—Como cuando uno aplasta un insecto bastante repugnante.

Yarmina miró hacia el cielo. El rastro de la nave mit conducida por Glory se había perdido.

—Era una buena chica. E inteligente. No todo el mundo es capaz de saber manejar una nave mit.

—Oh, son muy parecidas a las nuestras —rió Caronte.

Abrió la cabina del deslizador e invitó a entrar a Yarmina.

—¿Seguro que no te has olvidado algo importante en la casa? —preguntó ella.

—No. Al menos no mintió en algo. Daroll dijo la verdad cuando aseguró que disponía de dos millones de créditos. —Alzó una mano y agitó una bolsa.

94

—Espero que ahora podremos vivir una temporada tranquilos.

Caronte la besó largamente antes de poner en marcha el deslizador.

—Nos proveeremos de identidades falsas y saldremos de Ofidia antes de que descubran el cadáver de Daroll.

—¿A dónde iremos?

—La galaxia es grande. A dónde tú quieras, preciosa.

Sin embargo, Yarmina pensó que era muy posible que Caronte ya tuviera decidido en su mente cuál sería el destino de ambos.

FIN